

peiron⁵¹



filosofía • arte • literatura

año 1 número 2

directores

moisés sánchez franco

johnny zevallos

omar salazar calderón

renzo signori

colaboraron

ricardo miyashiro ribeyro

romy sordómez

luis adawi schreiber

nehemías vega mendieta

patricia coto

florencia fernández-coria

jorge piñeyro

diseño tapa

rodolfo loyola

jr. vilcahuara 338, 2º piso, maranga, san miguel

telfs. 578 0452 / 561 1852

apeiron@correoweb.com

ÍNDICE

I.

Relatos

Renzo Signori <i>2da. Persona</i>	3
Moisés Sánchez Franco <i>El relato para leer en el fuego</i>	5
Ricardo Miyashiro Ribeyro <i>Relojes raros</i>	8
Johnny Zevallos <i>Desilusión</i> (Primer capítulo)	9

II.

Entrevista a Enrique Verástegui	15
---------------------------------	----

III.

Poemas

Patricia Coto <i>Día tras día</i>	20
Florencia Fernández- Coria	21
Jorge Piñeiro <i>Siempre sueño</i>	22
Romy Sordómez Patiño <i>Un ángel Has levantado...</i>	23
Nehemías Vega Mendieta <i>Liberación</i>	24
Moisés Sánchez Franco <i>Lo inbondable</i>	25

IV.		
Entrevista a Juan Cristóbal		27
V.		
Artículos		
Luis Adawi Schreiber		
<i>Influencias de la falsificación en el arte</i>		31
Omar Salazar Calderón		34
<i>La vida imaginaria de Marcel Schwob</i>		36
Léster Grispoon y James Bakaler		
<i>Yerba buena</i>		40
<i>Goces revelados</i>		45
Abelardo Castillo		
<i>Seis horas alcanzan</i>		47
Johnny Zevallos		
<i>EL penal: entre la descripción y la nostalgia</i>		50
Nehemías Vega Mendieta		
<i>Luces de la ciudad</i>		53

2DA. PERSONA

Ante la potente luz del micro logro cruzar la calle después de discutir brevemente por los 10 centavos de más, que me pedía el gentil «cobrador de combi» en su noble tarea de hacer funcionar Lima, movilizándolo a media ciudad que se desplaza alegre y despreocupada por la renovada metrópoli.

Cruzo la calle, voy hacia el parque que está al frente de la casa de ella, La Madre.

Voy tratando de escuchar los sonidos del parque cuando camino contigo y hablamos de Abraxas en nosotros, cuando te pregunto que piensas mientras vemos los niños correr apresurados al helado, las madres contando la novela y los chicos caminando y pensando en dos.

Camino por aquel parque, pero esta vez, voy solo y veo los niños sucios y malcriados, las viejas chismoseando y los chicos, delincuentes.

Los veo, sonrío, saludo, y de improviso siento un golpe que se desprende de mí y hacia mí. Una fuerza a gran velocidad que en un movimiento ondulatorio, como la danza de una abeja tratando de indicar donde está el polen, me golpea y caigo.

Un golpe certero me impacta en pleno rostro; reacciono, pero el 1, 2; y un tercer rechazazo son fulminantes.

El último golpe, un rechazazo, fue directo a mi punto débil, el corazón.

Lapso de reposo; después recobrar la respiración pausada; pensar.

¿Qué paso? Acaso algo físico, acaso emocional o quien sabe quizás sea un sueño algo cruel, en todo caso una pesadilla masoquista; cierto placer, cierto dolor como el aplastarse las uñas recién cortadas hasta tener los dedos rojos.

Descarto lo físico pues no estoy loco y sé que nadie me a pegado; debe ser algo emocional junto con algo de fantasía.

Me doy cuenta a dónde voy, de dónde vengo. Una y otra vez sin descanso, sigo la rutina que me transporta zombi de un lugar a otro,

Es un lugar tranquilo, tal vez demasiado tranquilo y quizás por eso siento golpes que me caen de improvisto como que son golpes de la conciencia¹.

Estos golpes dolorosamente certeros que vienen y mutan en pensamientos, actitudes y acciones que uno realiza casi sin darse cuenta del origen.

El origen de los golpes puede ser aclarado si encuentro la causa; esta causa se debe remitir a hechos pasados totalmente ocultos en mi sub-conciencia², pero que asoman como un témpano de hielo; tal vez no sean tan profundos, tal vez sólo sean consecuencia de actos en un pasado no tan lejano, que sin embargo dejaron una huella.

Y ahora resulta una nueva y renovada conciencia³ lista para dar marcha a todo un nuevo pensamiento lleno de ilusiones y ganas de cambios.

Sigo mi camino creyendo que dejo atrás el extraño fenómeno de la conciencia que vuelve a sentir el golpe cruzado en el mentón.

RENZO SIGNORI

¹ "Voz de la conciencia"

"Conciencia moral"

² Diversos caminos descritos como una función o conjunto de funciones, como un foco de actividades o, actos encaminados hacia algo.

³ Propiedad del espíritu humano de reconocerse en sus atributos esenciales y en las modificaciones que en sí mismo experimenta. Conocimiento íntimo del bien que debemos hacer y del mal que debemos evitar.

Conocimiento exacto y reflexivo de las cosas.

EL RELATO PARA LEER EN EL FUEGO

A Martina Rivas

El mismo día en que dejé que las cosas ocurrieran, yo estaba a punto de terminar un libro de Henry James en medio de un frío implacable y raro (muy raro) para un día de enero o, mejor dicho, para ser el mediodía de un día de enero.

Realmente no escuché nada. De arriba solo ruidos de pasos y de colchones cediendo a una diurna inmovilidad.

Todo estaba tranquilo; el silencio paralítico (ideal para la lectura) no era carcomido por ningún murmullo. No podía advertirlo, ni tenía como advertirlo (a pesar de que me considero culpable) lo que iba a pasar arriba con los chicos.

Dispuesto de esta manera a pasar un buen rato con *Otra vuelta de tuerca*, me repantingué hasta la comodidad en mi sillón, encendí el calefactor y me aseguré que la puerta esté bien cerrada para que nada, ni nadie pudiese interrumpir ese sagrado momento.

No sé cómo lo sentí. No sé cómo pude oír los alaridos, ni sé tampoco cómo pude subir tan rápido (para mi edad dos pisos en menos de un minuto es rápido) las escaleras hasta llegar al cuarto de Mauri, derribar la puerta de una patada y separar de un tirón a Hugo, que con las fauces ensangrentadas y las ruedas sucias de piel y cabello, insistía en que Mauricio había empezado, que no sé que sobrenombre le había puesto y que además él le había pegado primero.

Una vez que arrastré a Hugo a su cuarto y cerré lo mejor que pude su puerta. Fui al cuarto de Mauri a ver qué tan serias eran las lesiones. Salvo una buena parte del tórax del cuello, lo demás estaba intacto; así que tapé a mi hijo, quien temblaba y me apretaba la mano hasta hacérmela doler, con el amor que merecía la situación. Su mirada horrorizada se clavó en la mía con la desesperación de quien sabe que está a punto de caer a un abismo insondable. Le advertí que no provocará a Hugo, que él

sabía lo agresivo que era Hugo, a veces. Le hablé con la voz más dulce que me salió. Trataba de transmitirle mi serenidad.

Cuando creí que estaba dormido, lo cubrí con una colcha de invierno, pues el frío, que agitaba las ventanas de la casa, pareció ensañarse de manera especial con el cuarto de Mauri. Le di un beso en la frente, apagué la luz del velador y, cuidando con que parezca y sea infranqueable su puerta, me retiré a la biblioteca a continuar con James quien ya se me estaba haciendo extraordinario.

¿Cuánto tiempo habrá pasado?, ¿una hora?, ¿veinte páginas? ¿Cómo se calcula el tiempo cuando se lee?, ¿igual que cuando no? Lo cierto es que volví desde las profundidades de un paisaje coralístico (no desprovisto de amenazas marinas) a una superficie de ardientes y sangrientos combates navales. Otra vez las escaleras, otra vez el llevar a Hugo a su cuarto, el escuchar sus justificaciones, el observar como sus ojos perdían esa extraña y escalofriante luz rojiza hasta retomar el gesto tierno que hace del rostro de Hugo algo adorable.

Aun así lo denosté por su conducta y le pedí que no saliera sin mi permiso de su habitación. Insistía que es Mauricio el que lo molestaba, que él no hacía otra cosa que defenderse y que si seguía burlándose de él (pero con ese tono infantil que hace que toda palabra pierda su auténtico significado y tenga una apariencia lúdica), lo iba a matar.

Me confesó que ya lo hubiera hecho si es que no hubiera lanzado ese ensordecedor alarido. Lo calmé y hasta le prometí una salida al cine, si es que se portaba bien. Sin duda, seducido por mi ofrecimiento y con mi mano derecha bajo su pequeña cabeza, Hugo se durmió casi inmediatamente. Retiré con delicadeza mi mano y me dirigí con premura hasta el cuarto de Mauri. En la carrera estaba inquieto y bastante preocupado. Recordé que al separar a Hugo, había dejado a Mauri sobre la alfombra, quien parecía muy malherido y con una mueca horrible. Al llegar, constaté lo que mi memoria había guardado. Sequé sus lágrimas con el vuelo del saco, lo acosté lo mejor que pude y le eché perfume a las heridas para que se difumine el olor amargo y desgarrante que emanaban. Lo peiné con mis dedos y le pedí orden, a la vez que le hablaba de la armonía necesaria para la convivencia en familia. No dejé de hacerle recomendaciones hasta que sentí sus suspiros tenues y atribulados. Le volví a dar un beso en la frente y a susurrarle un buenas noches, hijo, que tan bien nos hace.

Una increíble simpatía por la señorita Jessel (inexplicable para mí mismo) iba descubriendo conforme avanzaba el libro. No es que obviara a la señorita Grasse o al enigmático Miles, yo prefería a la señorita Jessel y de buena gana le hubiera ayudado a atormentar a la dulce y recta institutriz. Este tipo de pensamientos siempre me asustan, pero son comunes en mí mientras leo novelas inglesas. En las francesas mi amor recae sobre los terceros masculinos, en las italianas en los secundarios varones, en las rusas invariables y obstinadamente en el protagonista, mientras que en las de mi país, es el

odio el sentimiento que realza a los personajes, que aparecen a partir de la página veinte. Yo no sé que mecanismo mental es el que se activa al momento de leer en mí. Debe ser alguna función prohibida para el inasible y circular presente, pero inevitable y fundamental en mis lecturas.

Después que encajé el libro entre *Washington Square* y *El fantasma que pagaba el alquiler*, aún satisfecho y excitado por la inminente derrota de la institutriz, percibí una diferencia en la que no había reparado hasta ese momento. Un viejo y fantasmal ambiente hostil (que me sobrecogía y helaba la sangre) había invadido la casa y todo parecía más espeso, como si el frío hubiera oscurecido y afantasmado todas las cosas. En el hueco de la escalera ese caos que se insinuaba se hizo corpóreo y expansivo. Al ir al baño no puede dejar de mirar de reojo el cuarto de Mauri; su puerta salvajemente desportillada y las rojas manchas de una fiera batalla por todas las paredes. Apreté los dientes y seguí de largo hasta hundir mi rostro en el agua fría.

Después de media hora entré al cuarto de mi hijo cargado de un trapeador, un balde de agua y detergente para limpiar el desastre. Lo más difícil fue ver su cama vacía o, para hablar con la verdad, el tratar de no ver su cama vacía.

Acabada mi tarea, me acerqué en puntillas al cuarto de Hugo. Estaba muy oscuro, sólo se escuchaba la respiración de alguien profundamente dormido, alguien demasiado cansado durmiendo. Esta vez, al salir, le puse doble llave a la puerta. Regresé a la biblioteca para sacar un libro de Milton y abandoné la casa con un poco de pena y remordimiento por el desdichado Mauri y convencido de que Hugo me habría sentido salir.

Atravesé corriendo todo del bosque con la consigna de no dar marcha atrás, ni de volver la vista. Llegando al pueblo, me subí al primer taxi que se detuvo a mi llamado. El taxista, visiblemente sorprendido por mi orden, arrancó.

Me observaba de reojo todo el viaje, como si desconfiará de la orden que le di, como no creyendo lo que había escuchado o como quien está asustado.

RELOJES RAROS

Cuentan las horas que los minutos se cansaron de pedirles a los segundos que descansaran en la carrera absurda, apresurada (que como todo el mundo) mantienen para que, quizás, en la veloz competencia del tiempo, traten de llegar pronto al siguiente minuto, así, la muerte no los podría alcanzar.

RICARDO MIYASHIRO RIBEYRO

I

Desde la puerta de la habitación, Mauricio presentía aquella figura aún yacente. «Vaya necesidad la mía», pensó; irrumpiendo de improviso, tan negligente a veces, como si la torpeza se apoderara de sus pasos. Creía desconocer cada una de sus incitaciones, pues ella continuaba ahí, sin haber movido una sola mano, envuelta entre las sábanas. Su desnudez se lograba entrever, apenas, con una sensual prenda íntima, la que logró contemplar tras aquella bata translúcida, por momentos, tornándose lúbrica. Le era imposible imaginarla de esa forma: luciendo su calzón blanquito; jera como para volverse loco! Se sentía tentado por el fracaso cada vez que ella se mostraba semidesnuda por las noches. Más aún, teniendo que soportar verla acostada allí. ¡Y cómo no pensar lo contrario!, si tan sólo bastaba con abandonarlo todo. Marisol, al parecer, se había dormido sin apagar la luz. Se le veía tan deseable y virginal al mismo tiempo, tal vez implorando continuar siendo observada. «¿Por qué habría que aguantar todo esto?», reflexionó. Se había delineado bellamente el rostro, pero él no lo notó, o quizá sí, pero no era el centro de su atención. Recordó, repentinamente, las sábanas que los unían: algunas desteñidas, y otras, descosidas en los extremos. Ella las habría cambiado, sí, eran otras definitivamente. Qué tonto he sido, cómo no me fijé que las otras ya olían mal. Qué pensaré de mí. Tal vez no quiera hablarme, le dará asco mi nombre y el hedor de las sábanas le causará repugnancia. Se le dio por olvidar el horror de sus deliberaciones. Ya tenía bastante con lo de esa noche, el Toyota de mi viejo no era suficiente, las putas no se atrevían a subir así nomás, si no tenían dinero. Así las llevara a pasear por toda la ciudad y no encontraba un hotel cerca, la cosa no funcionaría. Eran putas de clase, lo había notado por su

manera de hablar: «Para eso el local es caro, tenías que haber hablado con el dueño antes, *mi amor*. Vamos, cálmate, hay prostitutas baratas por toda la ciudad, ésas lo hacen a cualquier precio, no te desanimes. Lo menos que puedes hacer es masturbarte». Mauricio estaba convencido de que debía tomar una decisión inmediata. No sabía cómo ocultar su erección, creyó que se notaba un ligero pliegue a la altura de la entrepierna, pensó sentarse en la cama o doblar sutilmente el cuerpo. Lo marginaba el solo hecho de pensar verse abandonado nuevamente. Aún está dormida y de seguro no despertará para saber quién la observa. A lo mejor se habría dado cuenta. «Está de más decirlo, continúa tan fría como siempre», pensó. Sintió que la odiaba y la amaba al mismo tiempo. Ya me lo habían advertido, Marisol es de esas chicas que sabe con quien sale. Si no conseguía un empleo de inmediato, no volveríamos a hacer el amor. Mauricio admitía el compromiso de estar preparado para cada paso que ella tomase. «Marisol, mi dulce Marisol. Sería un *crimen*, abandonarte así. No me lo perdonaría jamás». Ella permanecía echada, acostada, esperando que la tocara un verdadero hombre, que la tomara por las caderas y la satisficiera hasta cansarla. Suspiraba imaginándola desnuda, diciéndole: «Qué esperas, que no vienes y me tomas de la mano. Vamos, ¡acércate!, no seas tímida. Pídeme más placer». La cama insinuaba ser sólo de ella; sus manos acariciaban las sábanas, delineando quizá unos sueños excitables. Sus cabellos, ora que le cubrían el rostro, ora que eclipsaban toda el aposento, le molestaban. Quizá esté soñando con Arturo, ¡maldito rufián! Desde que Marisol se interesó por el arte figurativo francés de comienzos de siglo, le incitó a inscribirse en una academia de Bellas Artes. Lo besaba con las manos llenas de pintura, enseñándole su última obra con una notoria influencia de van Gogh. Para Marisol cualquier mancha, a modo de puntilleo, se asemejaba a un auténtico van Gogh. Los sábados, por la tarde, la llevaba a exposiciones artísticas, a las mejores galerías de arte para consolarla, «vamos, cálmate, no es para tanto. Al parecer, no están preparados para comprender tu arte». La abrazaba y le decía a los oídos que esas pinturas academicistas procedían de una maja, una maja desnuda, echada y envuelta entre sábanas como ella; que los contrastes de luz y sombra sobre aquel delineado cuerpo le inspiraba arranques de excitación sexual. Si no encontraban un hotel cerca, le haría el amor en cualquier parte. «¿Por qué tendría que fijarse justamente en él?, si después de todo, soy más blanquiñoso». Pero Marisol sabía guardar las composturas, lo mejor era esperar hasta llegar a la habitación, y no podía ser otra que *esa* habitación. ¿Acaso eso la hacía sentirse mal?, al contrario, lo disfrutaba tanto como él. Mauricio se sentía psicológicamente invadido de prejuicios que posiblemente Marisol presentía; «si tan sólo los veintisiete años no me perjudicaran tanto, estaría seguro de que mis viejos ya me hubieran exigido trabajar en lo que fuere». Ningún empleo parecía ser malo, pero ella sabía aprovechar aquellos desasosiegos para sacarle en cara, cada vez que lo tenía enfrente.

Pareció moverse de lado. Dejó de estar inerte, destapando cualquier parte de su postura, con el único propósito de aparentar esa desnudez que lo estremecía hasta reconocer en ella un plano de fascinaciones desbordadas. Ahora, eran su espalda y sus delineadas caderas los que lo atraieron. Y es que no sólo la pintura le proporcionaba ciertas reflexiones en torno a la estética y la metafísica, sino una corporalidad excitante, a modo de un orgullo casi intelectual. Al fin y al cabo, el deseo sexual también invadía a los artistas, si no para qué estarían esos desnudos en sugerencias eróticas como lo eran los apetecibles dibujos de Egon Schiele o la *Suite Vollard* de Picasso. Una aparente subjetividad, proveniente de las mejores exposiciones lo motivaron a alejarse del Derecho como posibilidad de un trabajo casi seguro. Estaba convencido de que Marisol se sentía invadida por ese pecaminoso deseo de estrechar su alma junto a la de un hombre. Lo comprobó en sus trabajos, identificándolos como seudodibujos eróticos. ¿Enfrentarla cara a cara, después de observar sus cuadros?, ¿por qué no?, si aún permanecerían apoyados a la pared, uno por uno, alineados en fila por toda su habitación. «Apenas notaba unas cuantas líneas, las que no parecían coincidir con lo que su imaginación pretendía describirme. No se molestaría si le dijese que es tan mala en la pintura como yo en el Derecho». Pero, en el caso de Mauricio, no era tan sólo culpar al arte de su fracaso con las mujeres. Así pensaban los perdedores. Lo cierto era que ella tampoco sabía en lo que se había metido, porque al igual que Mauricio, Marisol, también se sentía abandonada. No le quedaba otra opción que aceptar cuando le propuso hacerlo por última vez en una habitación de un hotel de mala muerte, tan sólo por esa noche. Marisol se sentía cada vez más confundida. Decidió que lo más indicado era mirar a otra parte, mejor aún, encendiendo un cigarrillo. Para ella, aquella imagen suya era esplendorosa, lamentablemente apenas podía distinguirla frente a un espejo rajado. Creyó que era la peor degradación de su vida, ¡un hotel de mala muerte! No pensaría volver a verlo nunca más.

Marisol, repentinamente, giró la mano derecha, colocándola debajo de la almohada. Aquella señal de desvelo le hizo temer que lo viera, suspirando y expirando por permanecer a su lado. Se había reducido a una sombra, a una custodia siempre atenta al momento que ella apostase por disipar. «Qué sucedería si, por alguna razón, notase mi presencia, casi agitándome al respirar». Mejor era no pensar en eso ahora. Le resultaba difícil mantener la misma idea: Arturo hubo significado en ella, el particular estilo de la diversión sin límites. «¿Pero es que no lo entiendes? Lo disfruto más con él que contigo». Qué hija de puta. Volvió a mirarla severamente. Es que era esa horrible sensación de querer ayudarla o terminar para siempre con su amilanamiento. No se consideraba ningún cobarde. Pero, ¿hasta qué punto el inconsciente procuraba en él, esas reflexiones acerca de la naturaleza femenina? «No hablaría en serio cuando se negó a hacer el amor conmigo». ¿Con quién lo haría, entonces? Marisol aún dormitaba, parecía no comprender su angustia. Mauricio sentía

que sus manos temblaban al procurar adosarse. Algo le hizo detenerse. Se acercaba lentamente, los pies sintiéndolos pesados a la vez que los músculos se le contraían en casi toda la espalda, haciéndole difícil continuar con su mesurada proximidad. «Volver a sentir de cerca los latidos de su corazón», aquella sutil sospecha lo estremecía por completo. Marisol no mostraba factor alguno de nerviosismo, jera como para no creerlo!, si hasta hace poco no se resistiría al deseo de averiguar quién se atreviese a observarla. Mauricio no comprendía el exceso de sopor en ella. Respiraba con mayor rapidez y lograba pasar saliva con dificultad. Qué pasaría, si ella misma se entregase y le dijera, tan ansiosa y ardiente, que estaría dispuesta a hacerlo nuevamente. «Vamos, dame una nueva oportunidad, por lo que más quieras». No. No se atrevería a mirarla de frente, ni a desearla siquiera. Detrás de la puerta logró ver unos cuantos papeles. Eran unos registros de notas de la universidad con varios cursos aplazados, ¡maldita sea! ¿Los habría visto?, estaría de más todo tipo de explicaciones. Se daría cuenta y le gritaría: «CUATRO años tirados por la borda, Mauri. ¿Acaso no tienes cerebro?». La culpa era mayoritariamente mía. «¿Por qué tenía que aceptarme tal y como era?». Cada vez que se acordaba de la universidad, se le venía a la memoria el nombre de Mónica. Ella sí que sabía comprenderlo, pero lloró de cólera cuando le mencionó que se alejaba. Los ojos parecían llenársele de lágrimas después de lo bien que estudiaron juntos, ¿recordaría aún, esos instantes? «No puedes abandonar la carrera así nomás. La cosa no es tan fácil como tú crees. Vamos, Mauricio, no seas sonso, regresa. Apenas te faltan dos años. Estoy segura de que si les hablas bien a tus padres ellos te comprenderán. Vamos, inténtalo; no perderías nada». ¿Dónde estaría Mónica? Si no conseguía hacer el amor con Marisol, de seguro que ella aceptaría. «Quizá esté pensando en mí. Debe de morirse por verme, aún me desea; estoy seguro». Tal vez continuará con su predilección por las películas europeas, especialmente cuando las mejores novelas francesas fuesen exhibidas en las pantallas de cine y poder comprenderlas con una mayor sensualidad; para luego hablar de ellas, toda la tarde, en los bulevares. Mónica aprovecharía para entregarle su alma y que su ser se confundiera con un furor sagrado. Sin embargo, no apostaría por la misma partida nuevamente. Eso, ni dudarlo.

Marisol se volvió súbitamente. Esta vez eran sus senos los que lo atraieron, nuevamente, hacia aquella exquisita corporalidad. Parecían estar moldeados por una mano divina que sugerían entrever el secreto de no haber amamantado nunca. Ella, repentinamente, despertó. Estiró los brazos con suavidad y bostezó. Se sorprendió ante su proximidad y se cubrió con una sábana.

—¿Qué diablos te sucede? —dijo Marisol—. ¿Por qué me miras así? No será lo que estoy pensando, ¿no? Jamás te imaginé verme de esa manera, con esos ojos de sátiro. Por qué no te vas de una vez y me dejas en paz. ¿No ves que estoy cansada?

No supo qué responder en ese instante. Parecía ver en ella un contrasentido, una incompatibilidad de parejas que tal vez nunca se amarían, y que se rehusaba a comprender.

—Disculpa —le dijo con cierta amabilidad menguada, propia de aquellos que prefieren la cautela del silencio—. No sabía que estabas aquí.

—Ahora ya lo sabes, así que vete.

—¿Estás segura de que no quieres que te acompañe? —dijo Mauricio con sumo cuidado. Debía actuar con precaución, pensando en cada palabra que meditase. Le sudaban las manos. Tenía que decirlo, sacárselo de una vez—. No sé, quizá podría quedarme a dormir a tu lado. Es que se ha averiado el sofá. Estaba muy viejo, tú sabes, con los innumerables problemas que tengo... La verdad, se relacionan con mi salida de la universidad. No tengo dinero, sabes. Me da vergüenza decírtelo. En especial a ti, que eres mujer.

Su mirada y su voz, atenta ante cualquier movimiento de sus ojos, sugerían una buena partida bajo el brazo. Lo tenía todo planeado. Estoy casi seguro de que está jugando. A mí no puede hacerme esto. Se limitó a seguir oyéndola.

—De manera que me estás echando —dijo Marisol, levantándose con sensualidad, tras sacudir elegantemente su cabello. El tono casi musical en su voz, le provocó dudar—. O sea que yo tengo la culpa de que no consigas trabajo. Vengo después de seis meses, y en vez de recibirme con agrado, no te encuentro en casa. ¿Quién sabe dónde hayas estado? La habitación la tienes toda sucia. Mira dónde he tenido que acostarme —señalaba la cama imperiosamente—. Hazme el favor, quieres.

—Por eso mismo es que no quiero irme. Necesitaba verte; estaba como loco por tenerte aquí otra vez, a pesar de tu decisión de irte con otro... ¿Qué pasó, no te satisfacía? —sonrió por un instante—. En cambio yo... Apenas te hice el amor un par de veces, ¿cómo no quieres que te mire con deseo? Te dejo dormir en mi habitación como antes lo hacíamos en hoteles, cuando aún vivía con mis padres, ¿o es que ya no te acuerdas?

—Sí, pero...

—Ahora estoy en un departamento independiente, pero, claro, vivo sin ellos. La verdad, me da lo mismo, porque desde que ellos me echaron y nos mudamos para acá, por aquel supuesto embarazo, no he vuelto a tocarte.

—Y qué quieres que haga yo, si ni siquiera te preocupas por conseguir un empleo.

—...

—Vamos, ¡qué esperas! Déjame dormir.

No supo por qué motivo ella respondía así; cuando la vio echada aún parecía suya. Marisol volvió a acostarse y, con un desdén casi presuntuoso, insistió que se alejara; mostraba los labios pintados y ligeras sombras en los ojos. Esta vez, la linealidad en su rostro mostraba la sutileza de una provocación que no podía abandonar. Qué linda era

su figura cada vez que se entregaba al sopor de los encantos de aquellas sábanas, «mis sábanas», pensaba Mauricio con incredulidad. Aún continuaba enojado consigo mismo. Por qué tuve que ser tan idiota y no tomarla entre mis brazos.

—Todavía sigues acá —dijo Marisol, rezongando, algo histérica—. Hasta ahora no puedo creer que sigues ahí parado como un imbécil, mirándome como si nunca hubieras visto a una mujer.

Mauricio abandonó por un momento el dormitorio. Se oyó música a volumen alto. Hasta los gustos musicales de Marisol habían cambiado. Aquellos tonos meliosos sugerían rencor, una antipatía más hacia él que al encierro de esas cuatro paredes. Mauricio se sentía como una víctima en su propia casa, al igual que un refugiado o un expatriado: sin dinero y sin trabajo en su propio país, en su propia ciudad. Los latidos de su corazón disminuyeron, la sangre parecía correr con normalidad. Tan sólo quedaba preguntarse: ¿qué podía hacer ahora? ¿Aventurarse por las calles y pensar en otra cosa? Y después de eso, ¿qué?, si todo continuaría igual. Todo era culpa de Marisol. Si no la hubiera conocido y no me fijase en ella como lo hice, no me sentiría tan mal. Aquel aparente embarazo era el único culpable. Cómo pudo ser tan ingenuo.

Sintió hambre. Su estómago gruñía. Algo extraño para como, aparentemente, parecía hallarse. Comprobó la hora en el reloj de pared cerca de la cocina. Había pasado ocho horas desde la última vez que comió. Se dirigió a la *kitchenette* y, al no encontrar algo mejor, tomó un pan. ¡Qué importaba!, alguna que otra película le haría olvidar aquel incidente. Encendió la televisión y tras revisar todos los canales después de unos minutos, decidió apagarlo. El sueño lo venció enseguida.

(Continuará)

JOHNNY ZEVALLOS

Una entrevista con el poeta Enrique Verástegui

«Quiero que la poesía no sólo sea un producto de consumo, sino, una ciencia»

Después de dos agotadoras horas de viaje, por fin llegamos a Cañete. La ciudad se muestra silenciosa, apenas poblada. En Cañete uno no puede dudar que es domingo. Nuestro encuentro con el poeta no fue difícil, cualquier cañetano, que se quiera un poco, conoce la casa del autor de ese monstruoso proyecto que es Ética. El tendero nos dice: «doblando tal esquina»; el policía: «al frente de...». En el umbral de su casa, Enrique Verástegui mira a la calle con una mirada arcana, desconfiada. Accede al diálogo, agradeciéndonos excesivamente por la visita. Nos pregunta, ya en la biblioteca de su casa, qué es lo que hemos

leído de él. Con vergüenza le mencionamos dos títulos de su extensa obra. No parece desilusionado; al contrario, nos invita a tomar asiento y dar inicio a la entrevista en un restaurante de la ciudad.

¿Por qué está usted en Cañete? Acaso, ¿intenta estar lejos de Lima?

Yo no he salido de Lima, porque Cañete es uno de sus suburbios. Viajar de Barranco a Villa el Salvador dura dos horas. Además, los medios de información ya no permiten las distancias. Pero si quieren una respuesta más precisa, yo estoy en Cañete porque es una ciudad tranquila, en la cual puedo dedicarme a escribir y a leer. Ahora, si la soledad se vuelve álgida, voy a Lima, busco a mis amigos y así salgo del problema.

Usted, no sólo es un poeta; sino, también, un novelista. Escribió *Terceto de Lima* que ha recibido muchos elogios, ¿lo considera su mejor libro?

Es, junto a *Ética*, uno de mis mejores libros. Realmente recibí críticas favorables de gente notable. Por ejemplo, no sé a través de qué medios, aunque para mí son medios angélicos, *Terceto de Lima* llegó a manos de Mario Vargas Llosa. A Mario, toda mi vida lo he admirado, lo he considerado mi maestro. Él escribió un artículo en el

diario *El País* de Madrid, en el cual decía que *Terceto de Lima* era la mejor novela de la década del noventa. Asimismo, Julio Ramón Ribeyro, antes de morir, mandó decirme, por medio de la escritora Patricia de Souza, que *Terceto de Lima* le había gustado mucho, que me agradecía el haberla escrito. El público, también respondió porque sé que mi novela se ha agotado en las librerías.

Háblenos de *Hora zero*, ¿cómo se formó dicho movimiento?

Se formó con ex alumnos de la Villarreal, quienes publicaron un manifiesto que se llama *Palabras urgentes*, en la cual critican toda la poesía peruana del siglo XX, reivindicando, únicamente, a tres poetas: Vallejo, Heraud y Tello. El manifiesto impactó tanto en la sociedad nacional que repercutió en muchas provincias.

¿Cuál cree que haya sido la trascendencia de *Hora zero* en la poesía peruana?

Hora Zero liberó y rompió una serie de prejuicios en la sociedad literaria. Antes de *Hora zero* había un tabú para los temas urbanos o provincianos en la poesía. Los versos de los poetas de las generaciones precedentes a *Hora zero* significaron la expresión de lecturas, mal hechas, de la «Generación del 27» española, o, las poesías francesa y americana.

¿Volvería a suscribir *Palabras urgentes*?

El manifiesto fue una actitud rebelde y juvenil, que impresionó por su inocencia y su intención revolucionaria. Yo, en ese entonces, quería luchar por lo que en ese tiempo se hacía llamar la «Nueva poesía».

Había un grupo contemporáneo a ustedes que era *Estación reunida*. ¿Existía algún tipo de intercambio con ese otro movimiento?

Sí. Justamente yo era el nexo entre *Estación reunida* y *Hora zero*, pero, colaboraba más con *Estación reunida* cuando estaba en París. *Hora zero* había formado en Europa un grupo de intelectuales de todos los países llamado *Hora zero internacional*. A su vez, *Estación reunida* formó en París el grupo *Revolte*. *Revolte* organizaba recitales en la librería donde, por primera vez, se publicó *Ulises*. Yo participaba de esos recitales. Allí, entre el público pude ver una vez a Alfredo Bryce.

En esa gran obra que es su *Ética* hay, quizá, un intento por ordenar el universo y captar lo absoluto.

Así es. He tratado de escribir un libro total que expresara un instante de la sociedad occidental y que sirviera de texto científico para guiarse en el mundo, porque, para Occidente la poesía ha sido un trabajo irónico de la sociedad, pero, no un trabajo científico. Es por eso que no sólo se ha terminado

por desvalorizar la poesía, sino el arte en general.

Usted ha declarado, últimamente, que intenta volver a unificar la poesía y la ciencia. Es que ha existido, anteriormente, esa unión.

Sí, antes del Renacimiento. En el siglo xv se produjo la escisión que ha afectado tanto a una como a otra. Mi preocupación por la reunificación de la poesía y la ciencia se muestra a lo largo de mis treinta años como escritor, donde he tratado de reconciliar a través de una forma expresiva que es la poesía: el «saber» y la «ciencia».

¿En qué libro antiguo se reúnen la ciencia y la poesía?

En un libro que tiene más de dos mil años. En su época ya hablaba de los átomos, y hoy, la ciencia atómica es una de las más importantes. Me refiero a Lucrecio Caro y su poema *De la naturaleza de las cosas*. Es un libro admirable. La mejor traducción que se ha hecho es la de Juan de Marchena, realizada en el siglo xviii bajo los ideales de la Revolución Francesa. Es una traducción hecha en endecasílabos tan perfectos que hasta hoy no ha podido ser superada.

Ese libro, ¿contiene la filosofía de Demócrito?

Sí, y gracias a eso la Iglesia católica lo salvó del olvido. Pero, no sólo está Demócrito, sino qué además hay una

crítica furiosa a la religión de su tiempo.

¿Qué ganaría la poesía al ser una ciencia?

Ganaría en dos planos. Uno, en el plano gnoseológico, pues sería la mejor forma sensible de conocer el mundo. Y dos, en el plano técnico, porque el lenguaje tendría que replantear sus estructuras; habría una investigación lingüística que podría llegar a producir nuevas formas expresivas.

Pero al convertirse la poesía en ciencia, ¿no perdería su lado místico?

De ninguna manera. Con la Globalización, el mundo va directo a un caos donde la mística es el único camino para encontrarle un sentido a la vida. Algunos se inclinarán. Los que deseen salvarse lo harán por la poesía, y otros, por la religión. Aunque la religión, como decía Einstein, es la gran identidad entre la ciencia y la poesía; así, las opciones que quedarían se parecen; casi, son una.

¿Es usted religioso?

Trato de seguir los principios de Cristo y de todas las religiones del mundo: «Ama a tu prójimo como a ti mismo»

Sin embargo, Kant afirmaba que no estamos obligados a amar a todos.

Pero, el principio del amor no sólo es el fundamento de todas las religiones, sino que es la llave para romper la soledad, el único antídoto contra el colapso total. Al respecto, he sido siempre un aficionado a Kant. En mi libro *Ensayo sobre ingeniería* rivalizo en muchas de sus posiciones.

¿De qué trata su libro *Ensayo sobre ingeniería*?

Es un libro de poesía, donde trato de buscar nuevas técnicas expresivas y doy mi visión acerca de lo que ocurren actualmente en la literatura.

Usted dice que ha escrito mucho, por lo tanto, debe tener muchos textos inéditos.

Sin duda. Pienso con tristeza que mis (textos) inéditos se van a perder. Lo que sucede es que no hay tradición cultural, ni concepto de inmortalidad literaria en América Latina. El escritor muere y es olvidado. Para mí, como escritor, es una pena, pero debe ser una felicidad para quienes tiemblan con la palabra profética de la poesía.

¿Y quiénes son aquellos que tiemblan ante el poder de la poesía?

Los poderosos y los politiqueros, y aquellos que viven de la ignorancia del pueblo.

Hay una mística alrededor de usted. Al leerlo, uno no sólo quiere buscarlo, sino, de igual forma, escribir. ¿Cómo explicaría ese fenómeno?

Debe ser el amor. La poesía es la comunicación del amor, es el sentido inverso de la desintegración de los átomos; la relación entre átomos que se aman. En verdad, siempre estoy dispuesto a conversar con gente que me busca, pues, suelen dejarme buenos recuerdos. No es una vanidad, pero todo aquel que ha sido amigo mío, en algún momento, es ahora una persona importante en las letras peruanas.

Sin duda, ha sido usted fiel a la literatura. Enseñarla, ¿no es algo que lo anime?

Me lo han ofrecido muchas veces, pero no me atrae la docencia, y el por qué, me resulta inexplicable. Lo que sí me gusta es el método socrático. Me gusta reunirme con pocos chicos y hablarles de literatura.

¿Lee literatura actual?

Muy poco. Siento que el avance de la tecnología ha provocado una abundancia de libros que si nos regimos por los paradigmas de Occidente, no sería, necesariamente, literatura.

Usted, como lector, ¿con qué escritor le hubiera gustado conversar?

Yo, al igual que Borges, me siento orgulloso de los miles de libros que he leído. Han sido muchos los escritores a lo que he buscado para agradecerles los momentos de felicidad y conocimiento que me han brindado sus páginas. Han sido muchos, sobretodo, europeos.

La felicidad, ¿es posible, Verástegui?

Creo que sí. Al menos, siempre he sido feliz. El pesimismo y el optimismo son sólo dos opciones ideológicas. Trato de portarme en la vida como una persona optimista. La literatura me ayuda, es lo que más quiero.

¿Es lo que más quiere?, ¿y las mujeres?

La respuesta a esa pregunta está en mi último libro. Es una respuesta que busco desde *Angelus Novus*. En uno de los versos, me pregunto: «¿qué es más importante: hacer el amor o escribir?». En mi último libro *Ensayo sobre ingeniería* me respondo: «Hacer el amor y tener hijos».

Angelus Novus o «Libro de la virtud» es uno de los cuatro libros que conforman la *Ética*. Es un libro impresionante, con más de 120 páginas.

¿Es un proyecto preconcebido o se fue gestando en cada poema?

Soy consciente de que como proyecto es algo único en la lengua castellana y en toda la historia de la poesía en nuestro idioma. La *Ética* es el producto de un proyecto que se produjo en el proceso de mi escritura.

Por último, ¿alguna vez, se ha imaginado un segundo encuentro con Lezama Lima?

Mi primer encuentro con Lezama es un poema de mi primer libro. Es una experiencia a través del submundo de Lima, en el que me permito, sobre un espacio mítico, conversar con Lezama Lima; con ese Lezama solitario en La Habana. Me permito, mediante ese poema, hacerle un homenaje. El poema queda como está, como testimonio de una época. Hoy me preocupan otras cosas. Quisiera que la poesía no sólo sea un producto de consumo, sino, una ciencia. Pero, mejor me callo, no quisiera cansarlos con mi idea.

ENTREVISTA DEL GRUPO APEIRON / SAN VICENTE DE CAÑETE / SETIEMBRE 1999

DÍA TRAS DÍA

El cuerpo tiene su propio almanaque.
Día tras día, piensa (sueña)
con una fecha o con otra.
Hoy puede ser, por ejemplo, martes 8 de abril,
y mañana 28 de enero.
Hoy puede ser septiembre verde
O junio de pecho a tierra.
Día tras día, el cuerpo inventa su propio tiempo,
su pasión por el alba irrevocable
y camina a tientas de la sonrisa
hasta que la realidad, que bosteza
en el umbral de la cama,
nos guillotina con este otro filo
de los relojes y los péndulos.

PATRICIA COTO

En una zanja encontró un círculo: (era de agua)
Le dijo su nombre: (era de frío)
Le tiró una piedra: (a la zanja)
Y el círculo se hizo infinito.
Entonces se miró dentro
Se frotó los talones contra el suelo
Y se miró dentro.
El círculo (era de agua)
no pudo verlo
Y sin embargo: (él lo supo) lo miraba
Se acomodó despacio (era pequeño)
en el lugar que no tenía:
Frente a la zanja se tapó los ojos
con las dos manos que los buscaban
Cada vez...

Ahora sí se miró
Y se dijo:
su nombre: (era de frío)
no lo buscaba
Cada vez...

La piedra
le sopló su nombre desde el fondo de la zanja y se rió:
(Era pequeña y de frío
sumergida en un círculo infinito y
hundida) como él.
Entonces se rió:
¿Qué manos la buscan...
Cada vez?

FLORENCIA FERNÁNDEZ-CORIA

SIEMPRE SUEÑO

La realidad, los sueños

¿Qué mas da?

Son una cosa indiferenciada. Inexplicable entidad equidistante entre la Alucinación y la conciencia.

No puedo o no quiero analizar la naturaleza del odio que siento

Camina casi obsceno. Porte de triunfador. Evidente destreza física. Prepotencia del cuerpo erguido firme rápido

Una tarde tío Mauro lo dejó sobre la mesa diciendo:

-Toma pibe algún día podés necesitarlo

Desde entonces está en la repisa

Me resulta entrañable. Tal vez por las delicadas concha de nácar, o el terso empavonado del que dimana sensualidad.

En todo caso no es por cariño al tío.

Tipo corpulento, ostentosamente fuerte y groseramente jocoso.

En fin ¿Para qué sería necesario?

Estar frente a la ventana me altera.

Gente yendo y viniendo.

¿Qué cosas importantes justifican tanto viaje?

Pasó dos veces, rápido y despreocupado.

Cuánto esfuerzo le costó a mamá poder comprarla. Quería lo mejor. Llantas

Cromadas. Rayos reforzados. Fuerte y liviana. Para empujarla sin esfuerzo

Amo a esta silla. Lástima por mamá. Vivió tan poco.

No me pueden acusar. Yo dormía. Soñaba.

Siempre sueño. Aún despierto.

Una cápsula servida no es suficiente prueba.

Aunque la odiara tanto.

JORGE PIÑEIRO

LA PLATA

TALLER DE POESÍA «LOS ALBAÑILES»

UN ÁNGEL

Un ángel viene a posar sus alas negras sobre mi cama,
me perturba su fragancia a incienso.
Un ángel viene a posar sus alas negras sobre mi cama,
desde ésta puedo ver su rostro de niño
y sentir el golpe de su mirada clavada en la mía.
No sé si es el sueño más bello que he tenido;
o si fue real este encuentro.
Mi cama se ha inundado de lágrimas,
vi posarse un ángel negro con alas derretidas,
mi ángel ha llorado
¿Quién podrá restituir sus alas?
Mi ángel negro
De alas negras que murieron derretidas
uno de esos días de sueño o de vigilia.

HAS LEVANTADO...

Has levantado mi cabeza con tus manos
hoy has terminado de desempolvarla
te has dado cuenta lo inútil que fue
tantos años guardarla en el baúl.
Mi rostro ha envejecido
los surcos de mi frente se han multiplicado
mi cabello cano ya no es falso
y mis mejillas se volvieron tan duras cual muerto
De nada te sirvieron tantos años
encarcelar mi rostro
si al final encontrarías
mi trémula sonrisa
si al final encontrarías
mis dientes intactos.

LIBERACIÓN

El dolor se acerca a mi boca
una mano titubeante me constriñe el cuello
envuelto en la penumbra del último cielo
me veo volando con un arco perfecto en el rostro
veo tu cuerpo inerme y frágil
sería tan fácil destruirlo y liberarlo al infinito
Te otorgo mi desprecio descompasado
te nombro el último cieno que he pisado
te llamo mil veces sin nombre
te obsequio todo el sufrimiento del mundo
Cubierto por el vaho de la existencia
me descompongo rápidamente
Carga tu pesada cruz y rómpela al final del camino
nunca mas volveré a ser tan humanamente humano
me río con risa siniestra
mientras te despojo de tu última piel
bebo tu sangre y la escupo en tu informe cuerpo
abro tu pecho y aprieto tu silente corazón
La noche impertérrita me anuncia su llegada
y libre al fin voy a su encuentro.

NEHEMÍAS VEGA MENDIETA

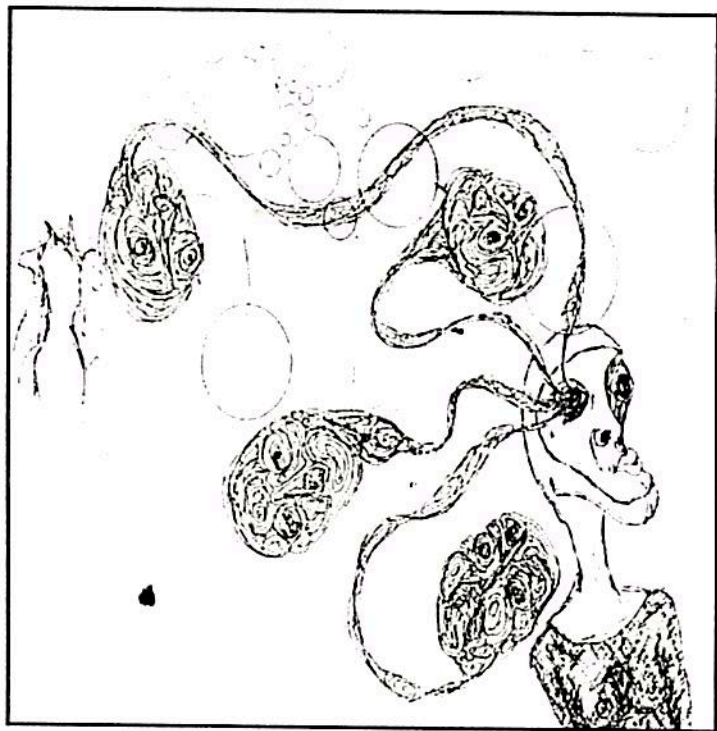
LO INHONDABLE

A María José Cuadrado

Y en un abrir y cerrar de ojos
 asoman en sí mismo los días repetidos
 Pasa el tiempo como un sonámbulo bajo las ruedas
 paralizado cerca de un agujero vivo y puro rostro
 La criatura de la destrucción se ha extraviado
 La noche encuentra su alma de puro accidente
 Sales a las siete hacia las siete
 Y son siete serpientes las que te aprietan la garganta
 Y son diez mil cabezas las que cuelgan de tu soga
 Pues estás hasta los pies de tanta agua
 Pues te aventuras muy lejos de tus pies
 La piel errante, fatigado, otra vez el guerrero se hunde la espada
 Paso las páginas y las palabras
 Paso el universo, paso lo pasado hasta la altura de una respiración
 En este hospital un niño se tuerce de dolor
 Las lenguas envenenadas se inclinan para mirarnos
 Un día llegas y duras hasta el descenso
 Nosotros, sólo nosotros te hemos de llamar al repicar las campanas
 Nosotros hemos de acariciar la cara de la sombra de la sombra esconde la cara
 Y hasta ves que las cosas andan bien en tres patas
 Y hasta andas en pesadillas repartido entre muertos y vivos
 Inhondable, una mancha patalea en la última línea y detectas al intruso palpitando en
 tus entrañas
 Yo sé que es un buitre come entrañas
 Pero siempre está junto a ti dando las horas
 Y subes al patíbulo para amamantar a la loba.
 Y la loba muerde tus ubres y también como entrañas
 Este año caes en aguas frías
 burbujeas
 Este año no es 1999
 es un salto
 un estertor
 Porque no hay nadie en la calle donde se piensa esto

Porque sin duda. Ya no conocerás el asombro pútrido
Porque la asfixia te muestra las peores cartas
burlando todas las leyes de un cuento interminable
¡Aquí! ¡Aquí! entre las garras, en un abrir y cerrar de ojos

MOISÉS SÁNCHEZ FRANCO



Juan Cristóbal y sus armas de la memoria

Hace unos meses publicó En las llamas del olvido, una plaqueta que trata de explicar a una desconocida el instante en que su rostro encendió el alma del poeta. Ha lanzado en estos días la edición completa de Los rostros ebrios de la noche y actualmente trabaja como catedrático en la Universidad María Inmaculada, mientras prepara un libro llamado Las armas de la memoria. En esta entrevista, Juan Cristóbal nos cuenta su vida, sus peripecias en la poesía y sus encuentros y desencuentros con muchas personalidades de nuestra literatura.

González Vigil ha dicho que el cope es un premio consagratorio ¿Usted siente que el COPÉ ha sido el premio más importante que ha ganado?

Económicamente el COPE es el más importante, pero yo recuerdo con más

emoción el que gané en El Salvador, en la década del setenta. Era un concurso organizado por las guerrillas de ese país. El premio era muy sui generis; había que hacer una grabación con los poemas ganadores para que los guerrilleros puedan escucharlo antes de cada combate.

¿Aún conserva ese ideal marxista?

Yo sí me considero comunista. Quizás esto se debe a que soy un optimista o quizás a que haya departido muchos instantes con la sociedad popular y marginal, porque es de canallas no sentirse solidario con ellos.

Hay mucho de esas experiencias con gente marginal en sus poemas. Por ejemplo, Cornejo Polar habla de *El osario de los inocentes* como un libro que recoge distintas perspectivas de seres marginales.

Pero fíjate que yo nunca me di cuenta de eso. Cuando Cornejo Polar habla de la marginalidad en el osario, a mí me sorprendió. Yo pensé que *El osario* estaba basado en reminiscencias de infancia y pretensiones surrealistas. Luego que terminé de escribir *El Osario* es cuando me comienzo a relacionar con drogadictos y alcohólicos, con gente de submundos. De ahí nace *Los rostros ebrios de la noche*. Lo más curioso fue cuando Cornejo Polar leyó ese libro y me dijo que era la continuación de *El Osario*. Yo creo que *El Osario* y *Los rostros ebrios* son lenguajes distintos. Pero a quién le creo, a Cornejo Polar o a

mí. Yo no le creo mucho a Cornejo Polar.

Pero al leer *El Osario*, uno encuentra más cosas que reminiscencias de infancia y pretensiones surrealistas.

Claro, también hay el clima de la embriaguez, elementos culturales y todo un mundo interior. *El Osario* fue un trayecto en el que fui descubriendo nuevas cosas, en el que me fui hallando. Fue ese clima de embriaguez el que me acercó con amigos tan entrañables como Jorge Tellier e Hildebrando Pérez.

¿Qué tan importante es Jorge Tellier para su poesía?

Fue vital. Él me hizo redescubrir cosas que yo había abandonado en la infancia, libros como *Peter Pan* y *La Isla del Tesoro*. Me ayuda a creer más en ese mundo lúdico y me hizo dudar del mundo en que vivía.

De *La isla del tesoro* que es un libro que escribió al alimón con Jorge Tellier, ¿qué relectura haría ahora?

Es un libro hondamente humano. Un libro que apuesta por el hombre.

¿Y cómo se explica Juan Cristóbal esta época en que los jóvenes parecen no tener utopías? ¿Cómo se explica este nihilismo fundamentado en la desesperanza?

Yo encuentro que hay un problema de conciencia. La conciencia se forma a

través del conocimiento y la sensibilidad. Y también es un problema de voluntad porque cada generación tiene que tener una voluntad de respuesta a la que ocurre en la sociedad. Si no hay una antítesis no hay conciencia. Ergo, si no hay conciencia no hay ser humano.

Con respecto a los jóvenes de hoy, la principal diferencia que encuentra con la gente de su generación es, quizá, la falta de conciencia.

Sí, es uno de los factores. Por ejemplo, cuando hacíamos *Pielago* había una preocupación por los problemas sociológicos y antropológicos. Es cierto que no teníamos una intención ideológica definida. Sólo queríamos cubrir una necesidad cultural.

¿Qué otros recuerdos tiene de *Pielago*?

Me acuerdo del grupo de amigos. Me acuerdo de los poemas inéditos que publicaran poetas como Hildebrando Pérez o Antonio Cisneros. Me acuerdo de las Mesas Redondas que organizábamos en San Marcos, donde invitábamos a gente consagrada como Romualdo, Florián y Valcárcel. Y me acuerdo de nuestras ganas de cambiar el mundo, porque nosotros los de *Pielago*, estábamos dispuestos a entregar la vida por la revolución.

Si eran contemporáneos de *Hora zero*, ¿porqué ha criticado tanto a ese movimiento?

Porque creo que a *Hora zero* le faltó madurez. Realmente *Hora zero* no proponía nada. Sólo aparece como una ruptura del mensaje. Ellos dicen que recogen la palabra popular; no han creado una nueva poética. En lo ideológico están, como se dice, por las patas de los caballos.

¿No les concede ningún mérito?

Me parece que el primer libro de Varástegui es bueno. También lo primero de Pimentel y Maynor Freyre.

Pero, muchas pueden ver *Los rostros ebrios de la noche* con un libro que tiene que ver mucho con *Hora zero*.

Tulio Mora también me ha dicho lo mismo. Es cierto que yo recojo mucho de esa sociedad popular marginal, pero lo hago con un criterio ideológico-crítico. Esa es la principal diferencia.

* * *

¿Qué pone triste a Juan Cristóbal?

La falta de amistad, que las chicas de 17 no me hagan caso y las tradiciones que el hombre hace a su conciencia. Por ejemplo, me duele que alguien tan importante para mi generación como Víctor Béjar se haya traicionado tan vilmente.

¿Es usted optimista o pesimista?

Sólo soy pesimista cuando no gana Alianza. Me paso algo curioso; cuando

tomo con gente de mi barrio, con el carnicero o con el gasfitero no siento ninguna infidelidad. Pero cuando me reúno con mis amigos poetas siento toda la infelicidad del mundo; siento que el universo se me viene encima, que hay discrepancias intelectuales, en pocas palabras, me siento jodido.

¿Ve mucha televisión?

Me gusta la televisión cuando estoy jodido. La televisión para mí es una posibilidad.

¿Qué es ser poeta?

Es una persona que vive del misterio y del cambio constante del lenguaje. Por ejemplo, yo no admito la poesía de Carlos Germán Belli porque siempre escribe sobre lo mismo, no hay una dinámica.

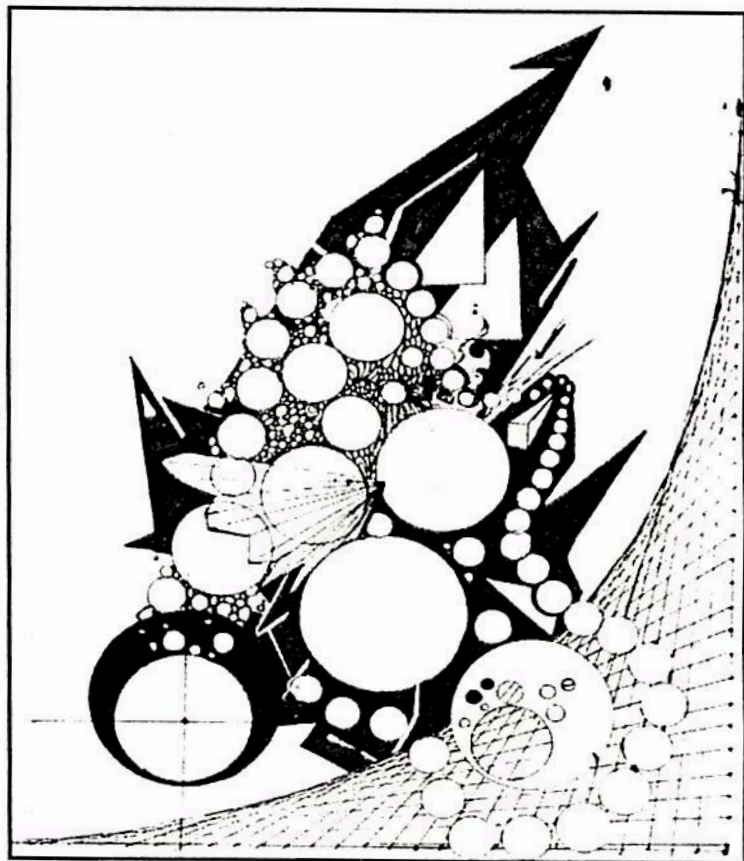
¿Qué significa que un poeta gane un premio?

Nada. Ganaste y ganaste, nada más. No significa que seas el mejor. Recuerda que cuando se realizó, hace muchos años, el concurso «El poeta joven del Perú» en Trujillo el primer puesto lo ganó un chico de apellido Rosales. El segundo puesto fue para Winston Orrillo y el tercero para Luis Hernández. Y Juan Ojeda, a mi gusto, uno de los mejores poetas peruanos de todos los tiempos, sólo obtuvo mención honrosa. El tiempo, que es el mejor juez, ha rescatado a Luis Hernández y a Juan Ojeda. Que la poesía de Hernández se conozca más que la de Ojeda, sólo se

puede explicar si se entiende que Hernández tiene más amigos ligados a los medios de comunicación limeños (como Sologuren y Cisneros) que Ojeda. Pero el tiempo es el mejor juez. No hay nada, ni nadie más honesto que

el tiempo. Por eso, no hay que desesperarse.

ENTREVISTA DE MOISÉS SÁNCHEZ FRANCO Y
RICARDO MIYASHIRO RIBEYRO



INFLUENCIAS EN LA FALSIFICACIÓN DEL ARTE

A lo largo de la historia, han venido sucediendo hechos que han aportado incansablemente en lo que hoy vendría a ser la falsificación del arte en nuestra sociedad, a saber: el provecho material que ésta significa para un artista, la crítica y la enseñanza del arte.

Antiguamente, el arte era uno sólo (universal), siendo el arte religioso apreciado y el único recompensado. En ese entonces, no cabían las falsificaciones, porque estaban expuestos a la crítica de una nación entera. Pero se produjo una distinción entre el arte de los escogidos y el arte popular. Así, poco a poco las clases superiores dieron a proponer cualquier forma artística, con tal que les aportase algún tipo de placer. No satisfechos con éstos, esas clases empezaron a remunerar su pretencioso arte más aún que otra cualquier actividad social. De esta manera un gran número de personas se empleó en esta actividad, tomando así el arte un nuevo carácter, convirtiéndose en profesión. La principal cualidad del arte «la sinceridad» se vio quebrantada y condenada a una muy pronta desaparición.

Un artista de profesión, sin lugar a dudas, vive de su arte; prostituyendo y forzándolo a inventar incansablemente algún motivo para sus obras.

Existe, pues, una gran diferencia entre la obra de los verdaderos artistas y la de los profesionales del arte, que hoy en día llenan el mundo con su comercio, viviendo de un dinero recibido de editores, de empresarios, de directores de diario, etc. (personas encargadas de la mediación entre el artista y los consumidores de arte). Auténticas obras de arte, eran las producidas, por una parte, de hombres como los profetas, autores de salmos, leyendas y canciones populares. Gente que ni siquiera era recompensada por sus obras. Tampoco unían a ellas sus nombres; a diferencia de los poetas cortesanos, pintores y músicos, tan colmados de honores y dinero.

El profesionalismo es la primera causa de la difusión de una falsificación artística.

La segunda causa es la aparición y el desarrollo de la crítica de arte, es decir, de la evaluación de las obras artísticas.

¿Qué es lo que un crítico de arte explica? El artista sólo ha podido transmitir, por medio de su obra, los sentimientos que experimenta. Y en tales condiciones no queda más que explicar, pues una buena obra de arte logra expresarse por sí sola, moral o inmoralmemente. Pues, justamente cuando un hombre interpreta con palabras las obras de arte, prueba su incapacidad para sentir la emoción artística. Los críticos son personas menos accesibles a un mero contagio artístico. Son, en cambio, hábiles escritores, instruidos y probablemente muy inteligentes. La crítica no existía en sociedades donde el arte se dirigía a todos, ya que el arte entrañaba una clara concepción religiosa de la vida. El arte universal y popular llevan consigo una conciencia religiosa, y el arte de las clases superiores carece de ello, porque se ven obligados a valerse de un criterio externo. Un criterio encontrado en autoridades — hombres considerados superiores a los otros— formadas por una tradición que es extremadamente falsa. Y lo es porque los valores artísticos pierden validez cuando el tiempo pasa. Nadie contribuye más a una perversión del público, como las autoridades que la crítica pone por delante. Por ejemplo, las tragedias griegas (clásicas) han sido consideradas en su tiempo como buenas, la crítica continúa considerándolas como buenas, y nuestros críticos sin medios y base para distinguir el buen arte, continúan considerando admirables y dignas de ser imitada; debilitando el genio creativo, la anticipación y el aporte artístico del autor. Cuando un hombre produce una obra de arte en la que expresa a su manera sus sentimientos que ha experimentado, atrayendo la atención de la gente que logra sondear ese sentimiento. Entonces, la crítica se defiende a tal punto, que acepta su habilidad; pero aclarando que no es la obra de un Dante, ni la de un Shakespeare, ni un Rafael, ni un Beethoven. Y el joven artista vuelve al trabajo para copiar a los maestros que le aconsejan que imite, produciendo obras falsas y carentes de personalidad.

«Toda obra de falso arte ensalzada por los críticos constituye una puerta a través de la cual se cuegan las medianías»¹.

Estos son los resultados de la crítica. Y peor aún es la verdadera causa de la perversión del arte en nuestro tiempo; me refiero a la enseñanza artística.

Cuando el arte dejó de dirigirse a un pueblo entero, y sólo llegó a una clase de ricos, se convirtió en profesión; de esa manera fueron inventados métodos para su enseñanza; y las personas que escogieron tal profesión se pusieron a estudiar aquellos métodos, formado así, las escuelas y los profesionales. Aparecieron las clases de Retórica y de Literatura en escuelas públicas, las academias de pintura, los

¹ León Tolstoi

conservatorios de música, etc. No creo que una persona consciente pueda aceptar que una escuela le enseñe el modo de expresar sus sentimientos. Lo que sí puede enseñar una escuela son los sentimientos experimentados por otros artistas. Estas enseñanzas, como lo he comentado, lejos de contribuir a extender el verdadero arte, contribuyen a una falsificación. Así, nos ayudan las escuelas, a producir algo análogo al arte, de esta manera se explica que no haya peores artistas que los que han pasado por las escuelas profesionales. Las escuelas profesionales producen una hipocresía del arte, exactamente a la hipocresía de la religión que producen los seminarios o las escuelas de Teología. Y por lo mismo que es imposible en una escuela hacer de un hombre un educador religioso, así también es imposible enseñarle a convertirse en artista.

«La enseñanza de las escuelas termina donde comienza la pincelada, es decir, donde comienza el arte mismo»¹.

Con esto no quiero decir que los jóvenes dotados de talento no deban conocer los métodos de los diferentes artistas. Sólo basta, conque se creen en todas las escuelas elementales, clases de dibujo, de música, etc. para que una vez egresados, los jóvenes se perfeccionen con total independencia en la práctica de su arte.

De esta manera hemos podido comprobar, los tres factores que influyen en la mayoría de hombres y que los convierten en seres incapaces de comprender lo que es arte, preparándolos así, para aceptar como arte las más groseras falsificaciones.

LUIS ADAMI SCHREIBER

¹ Salvador Dalí

Cuando inicié mi cosmovisión del mundo desde una perspectiva filosófica, tenía la concepción moderna del hombre como un ser meramente racional y todo lo irracional eran los estragos que aún conservábamos de un pasado animal, el cual debía superarse para poder llegar al perfeccionamiento.

En contraposición a esta idea, Goethe dijo: *«la idea de que el hombre es meramente racional es la más grande mentira del mundo»*. Poco a poco, la concepción que tenía del hombre como un ser meramente racional, fue cambiando al darme cuenta de que no sólo el ser racional es el que nos determina como hombres, diferenciándonos de los demás animales; por lo tanto, nos lleva al perfeccionamiento. Por medio de nuestra razón podemos llevar nuestros instintos a niveles más sublimes. Me refiero al ser sensible, el cual nos permite emocionarnos ante nuestro medio. Pero seguía sosteniendo que nuestro mayor obstáculo eran los resagos de nuestro pasado animal.

Esta última idea fue atacada por Nietzsche: *«el hombre es la suprema equivocación de la naturaleza y como contradictorio en sí mismo»*. Para él, esa separación violenta de nuestro pasado animal nos da el problema de nuestro sentido en este mundo. En mi opinión, ese problema nos ha provocado la separación del hombre-naturaleza, poniendo en riesgo no sólo nuestra espiritualidad, sino también nuestra propia existencia por el peligro de la destrucción de este mundo.



A nivel del individuo nos determinamos como seres humanos, es decir, la fusión de tres elementos: el instintivo, el ser sensible y el ser racional; estos tres confluyen en un ser espiritual, el cual interacciona con otros conformando nuestro ser social

Todos nacemos con una predisposición para ser supeditados por uno de los tres seres. Los que son dominados por su ser racional, tratan de entender o dominar a la naturaleza, para ello es menester trasladarla a nivel de objeto, para así poder estudiarlo, tal vez entenderla, pero al separarse de ella nos da un sentimiento de soledad, otros son dominados por su ser sensible, éstos no sólo tienen la capacidad de captar con mayor intensidad los sentimientos buenos, sino también los malos, produciendo en ellos una depresión (paranoicos represivos), la cual los conduce a ser vulnerables al punto de ser antiéticos. Por último, están los dominados por su ser instintivo, estos son los más fáciles de dominar o manipular, por sólo cumplir sus necesidades animales, siendo los más débiles.

* * *

En mi texto es inminente el triunfo de Heráclito ante Parménides. Mi pensamiento o mi concepción del hombre ha ido cambiando ya sea por lecturas, conferencias, diálogos y hasta mi propia relación empírica con el mundo; por lo tanto, no puedo llegar a conclusiones ni certezas porque no las tengo, la única posibilidad de seguir este texto es expresar mi pensamiento del aquí y el ahora.

Considero que el hombre es intrínseco a los tres seres ya antes mencionados. Esto tal vez nos lleve a pensar, el establecimiento de un equilibrio (mundo griego) o el camino del medio (budismo), no en el sentido de desarrollar los tres seres por igual, sino seguir el camino de tu ser predominante, pero sin reprimir a los otros dos.

Paradójicamente, todo este pensamiento en vez de conducirme a la certidumbre, ya antes mencionada, me lleva hacia la incertidumbre, o a la duda, como por ejemplo: si el ser sensible es la sublimación del instinto o del ser animal por vía de la razón, por lo tanto, el ser sensible ¿no debería remplazar al ser animal para poder llegar a nuestro supremo estado como seres humanos?

OMAR SALAZAR CALDERÓN

LA VIDA IMAGINARIA DE MARCEL SCHWOB

Marcel Schwob, escritor francés, nació en Chaville, cerca de París en 1867 y murió en París en 1905.

Descendiente de una antigua familia de rabinos, estudió filosofía en París y entre tanto escribió algunos cuentos para los periódicos, que luego coleccionó en el tomo *Coeur double* (1891). Entre las obras posteriores de Schwob es notable por la profundidad de sentimientos *Le livre de Monelle* (1894) que publicó con *La croisade des enfants* (1896), poesía totalmente del espíritu de la Edad Media, formado con ambas obras el volumen *La lampe de Psychée* (1903). Para Sara Bernhardt hizo una nueva refunción del *Hamlet* de Shakespeare (1900). Su última obra fue *Moeurs des Diurnales, traité de journalisme* (1903), escrita con el seudónimo de Loyson-Bridet y que contiene una acelerada sátira contra el periodismo parisiense. Como erudito trabajó por espacio de diez años en una vastísima historia de François Villon y su época, que no pudo llevar a feliz término, pero sus estudios aislados sobre Villon en la prensa, tienen un valor fundamental. Se le debe, además *Le roiau masque d'or*, *Mimes*; *Spicilege*, *La porte des rêves*; *Vies imaginaires* y *Les cantiques de la vie*.

Acerca del autor escribe Borges: «como aquel español que por virtud de unos libros llegó a ser *Don Quijote*», Schwob, antes de ejercer y enriquecer la literatura, fue un maravillado lector, Le tocó en suerte el siglo XIX que no desmerecía del anterior. De estirpe de rabinos, heredó una tradición oriental que agregó a los occidentes.

Siempre fue suyo el ámbito de las profundas bibliotecas. Estudió el griego y tradujo a Luciano de Samosata.

Como tantos franceses, profesó el amor de la literatura de Inglaterra. Tradujo a Stevenson y a Meredith, obra delicada y difícil. Admiró parcialmente a Whitman y a Poe. Le interesó el argot medieval, que había menejado François Villon. Descubrió y

tradujo la novela Moll Franders, que bien pudo haberle enseñando el arte de la invención circunstancial. Para la escritura de *Vidas imaginarias* inventó un método curioso. Los protagonistas son reales, los hechos pueden ser fabulosos y no pocas veces fantásticos.

Crates Cínico

Nació en Tebas, fue discípulo de Diógenes y conoció también a Alejandro. Su padre, Ascondas, era rico y le dejó doscientos talentos. Un día, cuando había ido a ver una tragedia de Eurípides, se sintió inspirado ante la aparición de Telefo, rey de Misia, vestido con harapos de mendigo y con una cesta en la mano. Se levantó en el teatro y anunció con voz fuerte que distribuía entre quienes los quisieran los doscientos talentos de su herencia y que desde ese momento las vestimentas de Telefo le serían suficientes. Los tebanos se pusieron a reír y se amontonaron delante de su casa; no obstante, él reía más que ellos. Le arrojó su dinero y sus muebles por las ventanas, tomó un manto de tela y una alforja; luego se fue.

Al llegar a Atenas vagabundó por las calles y descansó apoyando las espaldas en las murallas, en medio de los excrementos. Puso en práctica todo lo que aconsejaba Diógenes. Su tonel le pareció superfluo. A juicio de Crates, «el hombre no era de ningún modo un caracol ni un paguro». Vivió completamente desnudo en medio de la basura y recogió cortezas de pan, aceitunas podridas y espinas de pescado seco para llenar su alforja. Decía que esa alforja era una ciudad amplia y opulenta donde no se encontraban parásitos ni cortesanas y que producía para su rey suficiente tomillo, ajo, higos y pan.

Así, Crates cargaba su patria en sus espaldas y se alimentaba de ella.

No se mezclaba en los asuntos públicos, ni siquiera para burlarse de ellos, y no era afecto a insultar a los reyes. No aprobó de ningún modo esa actitud de Diógenes, quien, haciendo gritado un día «¡Hombres, acercaos!», golpeó con su bastón a los que habían acudido y les dijo «¡Llamé a hombres, no a excrementos!». Crates fue tierno con los hombres. Nada lo inquietaba. Las llagas le eran familiares, lamentaba mucho no tener el cuerpo lo bastante flexible como para poder lamerlas, como hacen los perros. Deploraba también la necesidad de valerse de alimentos sólidos y de beber agua.

Pensaba que el hombre debía bastarse a sí mismo, sin ninguna ayuda exterior. Por lo menos, no iba a buscar agua para lavarse. Si la mugre lo molestaba, se conformaba con frotarse el cuerpo contra las murallas, pues había observado que era así como procedían los asnos. Hablaba rara vez de los dioses y no le importaban; lo mismo le daba que los hubiese o no y sabía muy bien que no podrían hacerle nada. Por otra parte, les reprochaba el haber hecho desgraciados a los hombres deliberadamente, al

volverles el rostro hacia el sol y privarlos de la facultad que tienen la mayoría de los animales, la de caminar en cuatro patas. Puesto que los dioses decidieron que hay que comer para vivir, pensaba Crates, debían haber vuelto el rostro de los hombres hacia la tierra, donde crecen las raíces; nadie podría alimentarse de aire o de las estrellas.

La vida no fue generosa con él. A fuerza de exponer sus ojos al polvo acre del Ática tuvo legañas. Una enfermedad de la piel desconocida lo cubrió de tumores. Se rascó con sus uñas; que nunca recortaba y observó que así obtenía doble provecho, pues la iba desgastando al mismo tiempo que experimentaba alivio. Sus largos cabellos llegaron a parecerse al fieltro grueso y lo dispuso en su cabeza de modo que lo protegieron de la lluvia y del sol.

Cuando Alejandro fue a verlo, no le dirigió palabras mordaces, pero lo consideró como un espectador más, sin hacer ninguna diferencia entre el rey y la muchedumbre. Crates no tenía opinión de los grandes. Le importaban tan poco como los dioses. Sólo los hombres lo preocupaban y la manera de pasar la existencia con mayor simplicidad que fuera posible. Las recriminaciones de Diógenes lo hacían reír, no menos que sus pretensiones para reformar las costumbres. Crates se creía muy por encima de preocupaciones tan vulgares.

Transformaba la máxima inscrita en el frontón del templo de Delfos y decía: «Vive tú mismo». La idea de un conocimiento cualquiera le parecía absurda.

Lo único que estudiaba era las relaciones de su cuerpo con lo que le era necesario, tratando de reducirlas tanto como fuera posible. Diógenes mordía como los perros, pero Crates vivía como los perros.

Tuvo un discípulo, cuyo nombre era Metrocles. Era un joven rico de Maronea. Su hermana Hiparquia, bella y noble, se enamoró de Crates. Está comprobado que lo amó y que fue a buscarlo. La cosa parece imposible, pero es cierto.

Nada la desalentó, ni la suciedad del cínico, ni su pobreza absoluta, ni el horror de su vida pública. Él le advirtió que vivía como los perros en las calles y que buscaba huesos en los montones de basura. Le advirtió que nada de su vida en común sería ocultado y que la poseería públicamente, cuando el deseo lo asaltara, como los perros hacen con las perras. Hiparquia ya sabía todo eso. Sus padres trataron de retenerla; ella lo amenazó con matarse.

Tuvieron piedad de ella. Entonces ella abandonó el pueblo de Maronea, completamente desnuda, con los cabellos colgantes, cubierta sólo por la vieja tela, y vivió con Crates, vestida igual que él. Se dice que tuvo de ella un hijo, Pasicles; pero nada seguro hay al respecto.

Esta Hiparquia fue, según parece, buena con los pobres y compasiva; acariciaba a los enfermos con sus manos; lamía sin ninguna repugnancia las heridas sangrientas de aquellos que sufrían, persuadida de que eran para ella lo que las ovejas son para las ovejas, lo que los perros son para los perros. Si hacía frío, Crates e Hiparquia se

acostaban apretados contra los pobres y trataban de darles algo del calor de sus cuerpos. Les prestaban la ayuda muda que los animales se prestan los unos a los otros. No tenían ninguna preferencia por ninguna de aquellos que se acercaban a ellos. Les bastaba con que fuesen hombres.

Esto es todo lo que llegó a nosotros acerca de la mujer de Crates; no sabemos cuándo murió ni cómo. Su hermano Metrocles admiraba a Crates y/o imitó. Pero nunca tenía tranquilidad. Su salud estaba trastornada por flatulencias continuas que no podía contener. Desesperó y resolvió morir. Crates se enteró de su desdicha y quiso consolarlo. Comió una buena cantidad de altramuces y fue a ver a Metrocles. Le preguntó si era la vergüenza de su enfermedad lo que lo afligía de tal manera. Metrocles confesó que no podía soportar esa desgracia. Entonces Crates, hinchado por las altramuces, soltó ventosidades en presencia de su discípulo y le afirmó que la naturaleza sometía a todos los hombres al mismo mal. Le reprochó en seguida el haber sentido vergüenza ante los demás y le dio su propio ejemplo. Después soltó unas cuantas ventosidad más aún, tomó a Metrocles de la mano y se lo llevó.

Los dos anduvieron mucho tiempo juntos en las calles de Atenas, con Hiparquia, sin duda. Se hablaban muy poco. No sentía vergüenza por nada.

Aunque revolían los mismos montones de basuras, los perros operarían respetarlos. Se puede pensar que, si hubiesen sido apremiados por el hambre, se habrían peleado los unos con los otros a dentelladas. Pero los biógrafos no han referido nada de ese tipo. Sabemos que Crates murió viejo, que había terminado por permanecer siempre en el mismo lugar, echado bajo el alero de un almacén del Pireo, donde los marineros guardaban los bultos del puerto, que dejó de andar errabundo en busca de algo que roer, que no quiso siquiera extender el brazo y que se lo encontró, un día, desecado por el hambre.

YERBA BUENA

Desde tiempos remotos se atribuye a la marihuana una gran cantidad de usos y virtudes medicinales. Sin embargo, en los umbrales del siglo XXI su despenalización de la gran mayoría de los países está muy lejos de concretarse. Léster Grinspoon y James Bakalar, autores de Marihuana, la medicina prohibida (recientemente editado por Paidós), aportan testimonios a favor de las bondades curativas del cáñamo, la cannabis o, simplemente, el porro.

Originaria del Asia Central, la cannabis pudo haber sido cultivada hace ya 10.000 años. Podemos afirmar con seguridad que se cultivaba en China en el 4000 a. de C. y en Turkestán en el 3000 a. de C. Ha sido utilizada durante mucho tiempo como medicina en la India, China, Medio Oriente, sudeste de Asia, Sudáfrica y Sudamérica. La primera prueba del uso medicinal de la cannabis es un herbario publicado durante el reinado del emperador Chino Chen Nung hace 5000 años. La cannabis era recomendada para la malaria, el estreñimiento, los dolores reumáticos, las «distracciones» y los trastornos femeninos. Otro herbario chino recomendaba una mezcla de cáñamo, resina y vino como analgésico para la cirugía. En la India la cannabis ha sido recomendada para estimular la mente, bajar la fiebre, inducir el sueño, curar la disentería, estimular el apetito, facilitar la digestión, quitar los dolores de cabeza y curar las enfermedades venéreas. En África fue usada para la disentería, la malaria y otras fiebres. En ciertas tribus se tratan actualmente las picaduras con cáñamo o se fuma antes del parto. El cáñamo fue también señalado como remedio por Galeno y otros médicos de la era clásica y helenística, y fue altamente valorado en la Europa medieval. El pastor inglés Robert Burton en su famosa obra *The Anatomy of Melancholy*, publicada en 1621, sugería el uso de cannabis en el tratamiento de la

depresión. El New English Dispensatory, de 1764, recomendaba la aplicación de raíz de cáñamo sobre la piel para la inflamación, un remedio que era ya popular en la Europa oriental.

Pero la cannabis no hizo valer en Occidente sus méritos como medicina hasta mediados del siglo XIX. Durante su apogeo, de 1840 a 1900, encontramos en la bibliografía médica de Occidente más de un centenar de documentos que la recomiendan para diversas enfermedades y desarreglos. Casi podría decirse que los médicos de hace un siglo sabían más de la cannabis, y desde luego estaban más interesados en investigar su potencial terapéutico, que los médicos contemporáneos.

UN PORRO PARA LA REINA

El primer médico occidental en interesarse por la cannabis como medicina fue W.B. O'Shaughnessey, un joven profesor del Colegio Médico de Calcuta que había observado su utilización en la India. Dio cannabis a varios animales, se convenció de que era segura y comenzó a usarla con pacientes de rabia, reumatismo, epilepsia y tétanos. En un informe publicado en 1839 afirmaba haber descubierto que la tintura de cáñamo (solución de cannabis en alcohol, ingerida oralmente) era un analgésico efectivo. Estaba también impresionado por sus propiedades para la relajación muscular y la calificación de «remedios anticonvulsivo del máximo valor».

O'Shaughnessey regresó a Inglaterra en 1842 y proporcionó cannabis a los farmacéuticos. Médicos de Europa y de los Estados Unidos comenzaron enseguida a recetarla para diversos desarreglos físicos. La cannabis, que fue incluso recetada a la reina Victoria por el médico de la corte, figuraba en el United States Dispensatory (con la advertencia de que en amplias dosis era peligrosa, por ser un poderoso «narcótico»). Las preparaciones comerciales de cannabis podía comprarse en la farmacia. Algunos farmacéuticos llevaron cinco kilogramos de hachís a la exposición del centenario de 1876 en Filadelfia.

EL SUFRIMIENTO HUMANO:

En nuestro siglo se ha planteado o se ha demostrado la utilidad medicinal de la cannabis para el tratamiento de numerosos desórdenes o síntomas. Estos usos van desde los ya demostrados hasta los especulativos, pero todos ellos deberían interesar a quienes están preocupados por el sufrimiento humano. Las narraciones de los pacientes no sólo ilustran vívidamente las propiedades terapéuticas de la marihuana sino también el innecesario dolor adicional y la ansiedad que se crea en las personas enfermas que se ven obligadas a obtenerla de forma ilegal,

Uno de nosotros (Léster Grinspoon) ha tenido una experiencia personal con el efecto terapéutico de la marihuana: «A principios de 1972, tras la muerte de Sidney Farber, oncólogo infantil de Harvard, del que recibe su nombre el Centro Sidney Farber para la investigación del cáncer, mi mujer y yo fuimos invitados a cenar a casa de un compañero, miembro del profesorado de la facultad de medicinas de Harvard. Quería presentarme a Emil Frei, que había llegado de Houston para asumir las funciones que antes eran desarrolladas por Farber. En la cena, el doctor Frei me habló de un joven de 18 años con leucemia que se había hecho cada vez más reactivo a la quimioterapia del cáncer por no poder tolerar ya la náusea y los vómitos. Los médicos y la familia encontraban creciente dificultad para persuadirlo de que tomase la droga de la que dependía su vida.

»Un día, para sorpresa del doctor Frei, el joven accedió voluntariamente a tomar la droga y desde entonces no ofreció resistencia a la quimioterapia. Finalmente reveló que estaba fumando marihuana veinte minutos antes de cada sesión; esta práctica anuló todo vómito e incluso el más ligero indicio de náusea. El doctor Frei me preguntó si esta propiedad se mencionaba en la bibliografía médica del siglo XIX sobre cannabis y yo le respondí que, en efecto, así era. De camino a casa, mi mujer Betsy, que había escuchado con gran interés, sugirió que podíamos conseguir algo de cannabis para nuestro hijo Danny.

»A Danny se le había diagnosticado leucemia linfática aguda en julio de 1967; tenía entonces diez años. En los primeros años reaccionó bien a su tratamiento en el Hospital Infantil de Boston, e incluso a la necesidad ocasional de hospitalización. Pero en 1971 comenzó a tomar la primera de las drogas que causan severas náuseas y vómitos. Sentía deseos de vomitar inmediatamente después del tratamiento y continuaba así durante ocho horas. Sin embargo me sorprendió que Betsy sugiriera que podíamos buscar cannabis para Danny.

»El siguiente tratamiento de Danny era dos semanas más tarde. Cuando llegué Betsy y Danny estaban ya en la sala de tratamiento. Normalmente mi mujer y mi hijo estaban en un estado de gran ansiedad antes de que comenzara la sesión, pero esta vez parecían completamente relajados y, lo que es más, daban la impresión de estar casi gastándose una broma.

»Finalmente me transmitieron el secreto. Esa mañana, camino a la clínica, se habían detenida cerca de la Wellesley High School, y Betsy había dicho a uno de los amigos de Danny que quería conseguir marihuana. Betsy y Danny la fumaron en el estacionamiento del hospital justo antes de entrar a la clínica.

»Al día siguiente llamé al doctor Norman Jaffe, el médico que estaba a cargo de Danny. Le expliqué lo que había sucedido y le dije que aunque yo no quería comprometerlo ni a él ni al resto del personal médico no podía prohibir a Danny que fumara marihuana antes de su próximo tratamiento. El doctor Jaffe respondió con la sugerencia de que Danny fumara la marihuana en su presencia en la sala de tratamiento. Pudo constatar por sí mismo que se encontraba totalmente relajado.

»El doctor Jaffe pidió que me uniera a él en el informe de nuestras observaciones al doctor Frei, que estaba suficientemente interesado para realizar el primer experimento clínico sobre el uso de cannabis en la quimioterapia del cáncer».

CANNABIS HOGAREÑA:

Un caso que llamó la atención sobre las absurdas y nefastas consecuencias de la prohibición médica de la marihuana fue la agresión del gobierno contra Kenneth y Barbra Jenks, una pareja de jóvenes de aproximadamente veinte años, de Florida, que contrajeron SIDA por una transfusión sanguínea realizada al marido, que era hemofílico. Ambos sufrían náuseas, vómitos y pérdida de apetito, síntomas causados por el SIDA o el AZT. A comienzos de 1989 los Jenks tuvieron conocimiento de la marihuana por medio de un grupo de ayuda para personas con SIDA. Comenzaron a fumarla y durante un año llevaron una vida normal aceptable. Pero alguien los denunció. El 29 de marzo de 1990, diez agentes armados de la policía antidroga derribaron la puerta de su casa rodante, pusieron una pistola en la cabeza de Barbra Jenks y se apoderaron de las pruebas del crimen, dos pequeñas plantas de marihuana que estaban cultivando, pues no podían pagar el precio que la droga alcanzaba en la calle. El cultivo de marihuana es un delito grave en Florida. Los Jenks se enfrentaban a cinco años de cárcel. En el proceso celebrado en julio los Jenks utilizaron en su defensa el argumento de la necesidad médica, que raramente tiene éxito. El juez lo rechazó y declaró culpables a los Jenks, aunque no les impuso un castigo efectivo. La condena fue más tarde revocada por un Tribunal Superior que admitió el argumento de la necesidad médica.

LA MARIHUANA NO TIENE EDAD

La siguiente historia ilustra, ahora en otro contexto, la relación entre los usos médicos y no médicos.

«¿Cómo es que yo, una mujer de setenta y tres años, retirada en el campo, sea una fumadora ocasional de marihuana? Muy sencillo. Lo que leí y escuché en los años sesenta (cuando yo andaba por los cuarenta) me convenció de que la probara. Sencillamente, no podía creer que todos aquellos queridos e inteligentes jóvenes,

incluido mi sobrino, estuvieran haciendo cosas estúpidas y destructivas. Desde luego, algunas lo eran, pero no —yo creo— el fumar marihuana. Cuando un amigo de mi misma edad, un músico, se ofreció para hacerme un porro, acepté. Eso fue -supongo- hace un cuarto de siglo.

»He fumado marihuana a lo largo de estos veinticinco años, a veces diariamente, a veces ocasionalmente. La fumo porque disfruto de una increíble comprensión de la música, de una percepción incrementada de colores y formas, de una disminución de los problemas y las presiones corrientes, de la extensión del tiempo. Si tengo una hora y unas cositas que picar para compartir con amigos encantadores, y me siento como si fueran cuatro horas y una comida de gastrónomo, ¿tengo que ir a la cárcel por eso?.

»Tan importante como el placer, sin embargo, es lo que yo veo como una cualidad paliativa de la marihuana. En un accidente que sufrí hace veinte años, me rompí dos o tres costillas. El consejo médico fue que les dejara, que se arreglarían solas. En aquel tiempo estaba empleada como directora y coordinadora de operaciones de un proyecto educativo a nivel universitario. A lo largo de todo el día trabajé mucho, de arriba para abajo, transportando libros y papeles y materiales educativos, y durante todo el día sufrí dolores insoportables en las costillas rotas. Volví a casa por la noche, di un par de caladas a un canuto y, ya sin dolor, o al menos sin dolor consciente, disfruté una pocas horas con la gente, para luego acostarme y dormir. Sí, para mí, si así lo quiero, la marihuana es Halción. ¿Gracioso?.

»Normalmente tengo trastornos de prurito en los ojos y en la cara. He visitado tres médicos y dos dermatólogos, el segundo de los cuales aseguró que sufro dermatitis de contacto. Está empeñado en la búsqueda del alérgeno adecuado. Hasta ahora he utilizado crema de cortisona (en concentraciones diferentes) prescrita en tres ocasiones.

»Puede tratarse quizá de un estado degenerativo. Sea lo que fuere, cuando estoy muy molesta y la cortisona parece insuficiente, una pocas jaladas de una bondadosa planta verde y el picor no es que se vaya, pero ya no tiene que ver conmigo. ¿Debo pagar diez mil dólares de multa y dejar mi hogar e ir a la cárcel por eso?.

LÉSTER GRISPOON Y JAMES BAKALER

Artículo extraído de la revista argentina *RADAR*.

GOCES REVELADOS

«El láudano y la Cannabis me han proporcionado reposo, no sueño; pero tú, creo, sabes cuan divino es el reposo, que paraje es de hechizos, verde paraje de fuentes y flores y árboles en el corazón mismo de un yermo de arenas».

SAMUEL COLERIDGE

«Primero tomaría una pequeña dosis. Si se manifestaba inoperante volvería a repetirla; iría así ampliándola hasta que consiguiera reducir la fiebre, u obtener sueño, requisito tan urgente, con el que mis vacilantes sentidos no se habían visto bendecidos desde hacía casi una semana».

EDGAR ALLAN POE

«El hachís nada tiene en común con esa innoble y pesada embriaguez que los pueblos del norte obtienen del vino y del alcohol: producen una intoxicación intelectual».

THIÉOPHILE GAUTIER

«Después de unos momentos de sopor comienza una nueva vida, liberada de las condiciones de espacio y tiempo. ¿Por qué no he de forzar por fin las puertas místicas, armada con todo el poder de mi voluntad, y dominar mis sensaciones en vez de someterme a ellas? ¿No es posible controlar la seductora y terrorífica quimera, e imponer leyes a estas visiones que juegan con nuestra razón?».

GERARD DE NERVAL

«La marihuana y los hongos alucinógenos han de ser usados, me parece, en el contexto de una total lucidez, de modo que conduzcan a un esclarecimiento del mundo cotidiano, el cual se convierte en un mundo de maravilla y belleza y de divino misterio, cuando la experiencia es lo que siempre debiera ser».

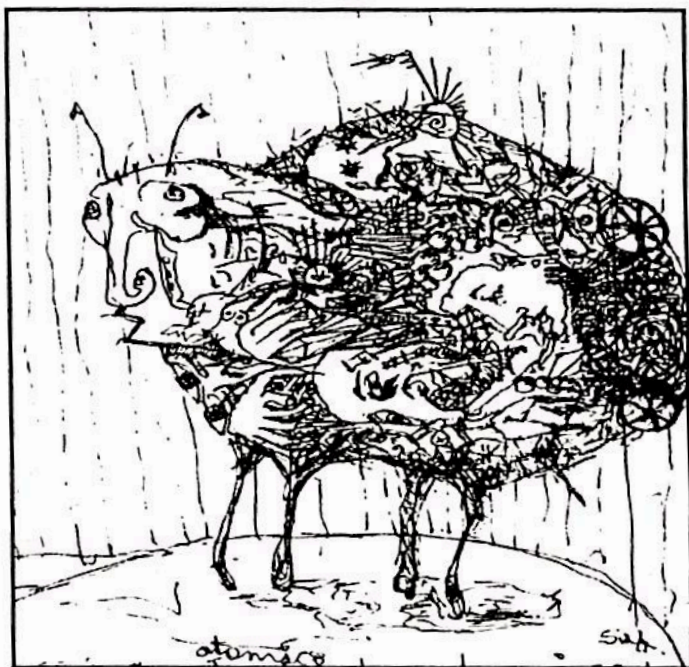
ALDOUS HUXLEY

«Tanto mi obra como mi entendimiento se benefician considerablemente con los alucinógenos. Un uso más difundido de estas drogas conduciría a mejores condiciones de trabajo en todo nivel».

WILLIAM BURROUGHS

«Hicimos *Help* en marihuana. En *A bard day's night* yo estaba en opio. Estoy tomando pastillas desde los quince años; no, desde los diecisiete o diecinueve. Desde que me hice músico... siempre he necesitado marihuana para sobrevivir».

JOHN LENNON



SEIS HORAS ALCANZAN

Pocas semanas antes de morir, Gombrowicz aceptó dar un curso casero de filosofía a su esposa y un amigo, por pedido expreso de ellos, que pensaban que así lo apartarían de la terrible depresión que estaba consumiéndolo. Abelardo Castillo comenta la transcripción que hizo Rita Gombrowicz de esas lecciones, hoy convertidas en libro.

En seis horas, diseminadas entre el 27 de abril y el 25 de mayo de 1969, Witold Gombrowicz llevó a cabo, sin saberlo, una de las obras más prodigiosas y disparatadas de su vida intelectual: este libro. Sabiendo que se moría, habiendo decidido suicidarse para evitar los vejámenes de la enfermedad y la vejez, aceptó dictar un curso de filosofía que va desde Kant y Hegel, pasando por Schopenhauer y Nietzsche, hasta Marx y el existencialismo. Su auditorio eran sólo dos personas: Marie-Rita Labrosse, su mujer, y el ensayista Dominique de Roux, que en ese entonces era poco más que un muchacho.

Comentar estas lecciones sobre la base de su contenido, la filosofía, sería insignificante. No porque Gombrowicz ignorase la materia que trataba —sus lacónicas exposiciones sobre marxismo y existencialismo son de hecho memorables— sino porque, para entender de veras estas paginas hay que leerlas, por decirlo de algún modo, *poniéndolas en escena*. Un hombre ya ajeno al mundo, un hombre agonizante, explicando a dos personas que acaso no podían prestarle atención, lo esencial del pensamiento filosófico de los últimos doscientos años, sin una sola concesión al patetismo o a la solemnidad. Ejemplo witoldiano de los juicios en Kant: «Yo existo. Y, juicio condicional, si le doy una patada a Dominique, él me dará dos».

Fenómeno y cosa en sí: Psina (el pero de Gombrowicz) «para mí es blanco, en el tiempo y en el espacio. Es el fenómeno. El *noúmeno*, lo absoluto, consiste en preguntarse cómo es Psina, no para mí sino en sí». Del imperativo moral –que, como se sabe, supone el desinterés y la voluntad– dice Gombrowicz: «Si, con la intención de curar a mi madre, la enveneno, no actúo inmoralmemente. Lo que nos lleva, a juzgar *por sus intenciones* a los mayores monstruos de la historia: Hitler y Stalin. Si Hitler consideraba que los judíos era la enfermedad del mundo, entonces actúo en forma correcta... pero sí lo hizo por interés personal entonces fue una inmoralidad». Que no sólo es una formulación inquietante de la Ley Moral kantiana, sino, de hecho, la más exacta: la que señala el aspecto más amoral del imperativo categórico.

Sobre Nietzsche, hacia el final del libro y evidentemente un poco cansado del tema y quizá de sus discípulos: «Para comprender a Nietzsche hace falta comprender una idea tan sencilla como la de la producción vacuna. Un productor de vacas intentará mejorar la especie de tal manera que deje morir a las vacas más débiles y conserve para la reproducción a las vacas y toros más fuertes». (El lector, si quiere, puede intercalar acá una ambigua mirada de Gombrowicz a su saludable discípulo y a su joven mujer). Sobre los literatos que se imaginan depositarios de la verdad: «Ninguna solución. La literatura que considera que puede arreglarse el mundo es la cosa más idiota que pueda imaginarse. Un pobre escritor que se crea dueño de la realidad es una ridiculez. ¡Ay, ay, ay! ¡Huf!

...remedio que leerlo. Y, como ya dije, leerlo como si estuviéramos presenciando estas charlas. No imagino a Gombrowicz, a un paso de la muerte, preparando cada lección, sino improvisándolas al azar de su memoria y de sus cambios de humor. Las páginas dedicadas a Heidegger, Sartre y Marx son sin duda las mejores. La metáfora de la catedral (pág. 68) para explicar el proceso de la razón en Hegel vale por un poema en prosa. Su inteligencia, su falta absoluta de prejuicios lo llevan, por un lado, a decir que la idea sartreana de conciliar el existencialismo con el marxismo es “por supuesto, una pamplina”, y, por el otro, a justificar de este modo la libertad comprometida de Sartre». Al huir Sartre explica en qué consiste su moral.

Se trata de elegir la libertad y afirmar la libertad. He aquí el fundamento del comunismo de Sartre. Podríamos preguntarnos por qué Sartre, al elegir el comunismo, un sistema definido de valores, no es un indecente. Imagino a los festivos lectores de Gombrowicz anticipando una demolición. El problema es que Gombrowicz siempre estuvo muy por encima de lectores festivos. Dice: «*La respuesta es que cualquier otro sistema social supone la explotación del hombre por el hombre y, por lo tanto, una limitación de la libertad. Al elegir el comunismo, elegimos la libertad*». No

acota una palabra y termina la lección allí. Sin saber qué cara puso, o qué caras pusieron Rita y Dominique, soy incapaz de comentar este párrafo.

No quiero decir que, con un pie en la tumba, Witold Gombrowicz se volvió subversivo. Digo que, en un sentido esencial, nunca dejo de serlo. Se despidió de este mundo diciendo exactamente lo que se le antojaba. Incluso sobre sí mismo: «Para mí es un misterio que libros interesantes como los de Schopenhauer (¿y los míos?) no encuentre lectores...». Y también dice: «Un genio no puede tener éxito porque sobrepasa a su tiempo. Por esta razón el genio resulta incomprensible y no sirve para nadie. Así que Schopenhauer y yo nos consolamos bastante bien».

Supongo que las personas serias y los profesores de filosofía encontrarán excesivo lo que pienso de este libro. Y lo que pienso es esto: Sócrates, después de la cicuta, conversando con sus discípulos sin rebajarse a aceptar el consuelo de la inmoralidad del

ABELARDO CASTILLO
REVISTA *RADAR*, BUENOS AIRES

EL PENAL¹: ENTRE LA DESCRIPCIÓN Y LA NOSTALGIA

Desde que esbozó sus primeros cuentos, Carlos CALDERÓN FAJARDO ha optado por descubrir en ellos una fusión de nostalgia y verosimilitud de lo soñado. La noción de lo irreal —en palabras del propio Mario VARGAS LLOSA, referente a su ensayo *La verdad de las mentiras*— se transforma en una veracidad inobjetable, a partir, claro está, de lo descriptivo, es decir, del manejo de una sintaxis adecuada y el uso de las palabras esenciales en la construcción de lo narrado. Es por ello que, tanto la fantasía como la nostalgia se cohesionan y logran entrever narraciones que si bien adoptan una postura fantástica no se desligan de lo real, transformando las palabras en escenas de aflicción e imágenes oníricas.

He escogido el cuento *El penal*, por cuanto éste encierra, en su conjunto, las distintas variaciones de lo figurativo, esto es, la descripción de lo narrado a partir de la reflexión del personaje, lo que se descubre, a lo largo del relato, en el monólogo interior del protagonista —que, a la vez, se construye en el ámbito de la imagen del padre— a partir de la evocación de una fisonomía proyectada en la ilusión del pequeño. Sin embargo, ¿dónde se reflejaría la probable mención de lo nostálgico? Si bien el niño nos da cuenta de su amor por el padre, éste lo atrapa a través del juego, lo lúdico que envuelve siempre al mundo de los infantes. *El niño sabe que Demetrio ha vuelto trayendo el objeto más bermosos del mundo dentro del saco.* (pág. 40). De aquí partiríamos hacia una fragmentación de dos mundos, dos planos estrechamente vinculados que no son otros, sino la realidad y la reconstrucción de la figura del padre a través del recuerdo.

¹ Carlos Calderón Fajardo, *El que pestañea muere*, 2ª ed., Editorial San Marcos, Lima, 1999, pp. 35-40.

El niño siguió corriendo; esta vez por un pasadizo por donde creyó ver la cabeza de su padre y también en esa oportunidad tuvo que aceptar la verdad, que su padre se había ido de viaje para siempre y que no era verdad que lo había visto caminando por el pasadizo; no podía ser verdad que su padre acababa de leer el periódico sentado en un sillón con las manos cruzadas y las pantuflas puestas. (pág. 37 y 38)

Pero, ¿no es verdad que esta doble apariencia con la que juega el autor no es ya un juego de momentos? ¿Una percepción que se compromete con la imaginación infantil? Calderón Fajardo acierta en la representación de imágenes guiadas por planos fragmentados y, a la vez, unidos que se desplazan por la mente del niño valiéndose de la nostalgia, probablemente, su propia nostalgia y, por ende, la de nosotros mismos. Elementos que rodean su entorno, transportándolo del recuerdo a la realidad y viceversa.

Está en su escritorio y no está. El niño lo ve pegado al vidrio de la ventana, en el papelote amarillo de la pared. En las molduras abuecadas por la polilla donde aterriza el solcito de la tarde; también está en los decolorados retratos, y el niño se lo dice a Clotilde, pero ella ya no quiere hablar. (pág. 38)

Pero este recuerdo se va fortaleciendo en la mente del niño, se apodera de su psicología y le hace ver que aquella evocación se ha trasladado ya a la realidad.

Él, su padre, está dentro de la pared, y lo que se metió dentro de la pared algún día tiene que salir de allí para decirle que lo va a llevar al estadio, que los niños no pagan boleto en el estadio. Pero Clotilde deja que eso sea así, odia todo aquello que hiere al niño. Clotilde odia el muro celeste porque el niño cree que él está dentro de ese muro y odia cuando ese niño le habla a esa pared (...)

Papá, le metiste dentro de ese muro y nunca más te volví a ver. (pág. 38)

—Sí es así mamá, por qué cierras tantas veces la puerta por dentro cuando oscurece, por qué jalas como una loca aldabas y petillos, por qué dices que lo baces para que no se metan los que salen de los muros. (pág. 39)

Observamos la reflexión del niño a partir del monólogo interior en el penúltimo párrafo, es decir, el monólogo se vuelve hacia él como testimonio de la veracidad ante su ilusión; lo que comprobamos en su diálogo con su madre. Pero aquella ilusión se adhiere al plano real, ya no desde su mente, sino ante sus ojos. Aquí, debo acotar el manejo del narrador, tanto en el plano real, ya mencionado, como en el nostálgico, pues, este relato toma ambas dicotomías y las hace suyas, ligándolas en la posibilidad

de un juego narrativo, aquel uso de lo lúdico como alternativa de un lenguaje puramente descriptivo.

El niño lo ve todos los días desde la ventana. Clotilde se hace la dormida.

El niño sabe que ese hombre se llama Demetrio. Demetrio se viste como el niño sabe que se viste. Lo que no puede recordar es cómo era su voz.

El niño abre la puerta y sale a la calle. Clotilde tiene los ojos cerrados a propósito. Ya no puede hacer nada. Ya no puede evitarlo. Sabe que si abre los ojos llorará inmediatamente. No puede abrir los ojos porque sino no le quedaría otra cosa que ir tras el niño y detenerlo. (pág. 39)

El padre sabe cómo conquistar al niño, pues, sabe que le gusta jugar al fútbol. La nostalgia de volver a ver a su padre se hace, por fin, real. Pero es, al mismo tiempo, una nostalgia que se nos muestra alusiva a lo ficcional. El final, abierto sin duda alguna, hace que lo onírico se apodere de nuestras infinitas lecturas, produciéndonos un matiz fantástico, esto es, la capacidad de entender los planos como una dicotomía hasta el final mismo del relato.

El niño coloca un par de piedras; una en cada costado, y él se para al centro, entre ambas piedras (...)

Extiende sus piernas lo más que puede al contar.

Uno..., dos..., tres..., hasta doce (...)

Luego regresa a su lugar

El niño agacha un poco el torso hacia delante; tiene los brazos sueltos, las manos abiertas a la altura de las rodillas.

Su padre pateo la pelota. (pág. 40)

Esta noción a la que hice referencia, es decir, el contraste fantástico, bien en el campo nostálgico, bien en el melancólico; no es otro que el umbral entre ambos contrastes, permitiendo ver ante nuestros ojos un infantilismo que no se limita a lo lúdico, sino que va más allá, es decir, a la sensibilidad del lector, mediante una recuperación de una niñez que si bien se bifurca en los planos del juego y la presencia-ausencia de un padre, mantiene una relación entre literatura y lector, por medio de un lenguaje fácil y sin trabas sintácticas.

LUCES DE LA CIUDAD

NIÑOS DEL CIELO. Director: Majid Majidi. Irán, 1998
 Intérpretes: Mir Farrokh Hashemin, Baharen Siddqi

Película nominada a mejor film extranjero. Una historia simple y tierna que refleja la gran pobreza material y el gran ingenio para subsistir en este mundo. Alf es un niño de diez años que pierde los zapatos de su hermana luego de hacerlos reparar. Por temor al castigo de su padre, un desempleado, convence a su hermana Zhara que use sus zapatillas viejas, las que usarán alternadamente para ir al colegio, donde acuden en diferentes turnos.

Alf descubre quién tiene los zapatos robados, una niña. Pero descubren que la pequeña tiene un padre ciego, esto los conmueve. Alf encuentra una solución, concursará en una carrera cuyo tercer premio es un par de zapatillas nuevas, las que piensa cambiar por un par de zapatos para su hermana.

Cines: *Pacífico* y Centro Cultural de la PUCP

EL CLUB DE LA PELEA. Director: David Fincher. EEUU, 1999
 Intérpretes: Brad Pitt, Edward Norton, Helena Bonham Carter.

Esta cinta envuelve una gran crítica a la sociedad americana víctima del consumismo, la rutina y la estandarización de los individuos. Jack, un vendedor de seguros, estresado y en una etapa de crisis de identidad, conoce a un desadaptado vendedor de jabones, Tyler Durden; un tipo con una filosofía de vida subversiva. Tyler invita a Jack a liberar toda su amargura reprimida a través de la violencia. Así, forman *El club de la pelea*, especie de institución marginal con reglas propias, donde la violencia, a través de las peleas, permitirá la experimentación y liberación de todo nuestro caos interno y de nuestras más íntimas frustraciones.

Cines: *Excelsior, Pacífico, Cineplex, Las Américas, Cinemark*, y otros.

LA VENTANA INDISCRETA. Director: Alfred Hitchcock. EEUU, 1954

Intérpretes: James Stewart, Grace Kelly.

Un periodista convaleciente con una pierna enyesada se dedica a observar a sus vecinos con un largavista. Esta actividad lo llevará a conocer las costumbres y secretos de sus vecinos. Él empieza a sospechar que uno de ellos ha asesinado a su esposa. Ésta sospecha, envolverá también a su novia y a su ama de llaves, poniendo en peligro sus vidas.

Auditorio del Banco Central de Reserva, Jr. Ucayali 271. Proyección 15/12/99.

4p.m.

LA NARANJA MECÁNICA. Director Stanley Kubrick. EEUU, 1971

Intérpretes: Malcolm Mc Dowell, Patrick Magee.

Esta cinta plantea, de manera irrefutable, que la agresividad y la violencia son innatas a los seres humanos, desechando la teoría de Rousseau de que «el hombre nace bueno y es la sociedad, la que lo corrompe». Alex, líder de un grupo de drogadictos, que tiene como sentido de vida la violencia, golpea a un mendigo, viola a la esposa de un escritor e inclusive agrede a sus amigos quienes conspiran contra él. Ellos le tienden una trampa que lleva a Alex a la prisión, donde, para salir rápido, acepta entrar a un experimento que cambiará su conducta, pero que le produce severos trastornos. Al salir libre se encuentra con sus víctimas, éstos se vengan de él. La situación grave le llevará a un intento de suicidio, al cual sobrevive.

Auditorio del Banco Central de Reserva, Jr Ucayali 271. Proyección 22/12/99.

4p.m

NEHEMÍAS VEGA MENDIETA



filosofía • arte • literatura

moisés sánchez franco

johnny zevallos

omar salazar calderón

renzo signori